

Irreverentes



Arriba, de izquierda a derecha, José Luis Alonso de Santos, Miguel Ángel de Rus, Juan Manuel González, José Enrique Canabal y Luis Alberto de Cuenca.



Los más valiosos escritores en la Antología del relato español

Desde Francisco Nieva y Fernando Sánchez Dragó, hasta los autores más jóvenes, en una obra de lectura imprescindible

Francisco Nieva, Fernando Sánchez Dragó, Joaquín Leguina, Luis Mateo Díez, José Luis Alonso de Santos, Lourdes Ortiz, Fernando Savater, José Enrique Canabal, Antonio López Alonso, Luis Antonio de

Villena, Gómez Rufo, Andrés Trapiello, Juan Manuel González, Fernando Marias, Paula Izquierdo, Miguel Ángel de Rus y Antonio López del Moral son los autores que han publicado sus relatos en esta *Antología del relato español*, sin

duda la selección de la literatura española actual más importante que podía llevarse a cabo y que cuenta con un prólogo de Luis Alberto de Cuenca, quien sostiene que esta es una obra "hecha para perdurar". La *Antología del relato español* marca

un antes y un después en la literatura española. En sus 248 páginas el lector encontrará las mejores narraciones breves de la actualidad. Un lujo para los amantes de la mejor literatura y una obra de lectura inexcusable para los estudiosos. > Pág 4

Gómez Rufo cuenta la historia secreta de *El Señor de Cheshire*

Antonio Gómez Rufo resultó ganador del II Premio Nacional de Novela Ciudad Ducal de Loeches, en el que colaboran el Ayuntamiento de Loeches, GESTESA y Ediciones Irreverentes, con la obra *El señor de Cheshire*, un divertimento literario entre el erotismo y el humor. Gómez Rufo ha dejado momentáneamente de publicar en Planeta para pasarse a Ediciones Irreverentes con esta obra que es una



PAVO MASCANO

de las más valiosas de su carrera. En la entrevista habla de cómo Luis García Berlanga le dio la idea principal de *El*

señor de Cheshire y de la necesidad de defender las libertades que estamos perdiendo y luchar contra la soledad. > Pág 15

Literatura y clonación; de Houellebecq a López Alonso

Houellebecq, Carmen Matutes, Antonio López Alonso y el Premio Nobel de Literatura Kazuo Ishiguro escriben sobre la clonación en sus últimas novelas. Los principales extremistas religiosos y la extrema derecha se oponen a ella, pero los intelectuales está luchando activamente en pro de



HTTP://WWW.IRREVERENTES.COM

la clonación. Salvar vidas y dignificarlas es la lucha, la literatura es el medio de expresión. Comenzamos a ganar esta guerra. > Pág 24

Número 1 - Diciembre 2006

Relatos y artículos

- **La Locura en el Quijote**
Luis Alberto de Cuenca > Pág 3
- **La pantera en la habitación**
Miguel Ángel de Rus > Pág 5
- **La santa compañía**
José Enrique Canabal > Pág 6
- **Apuntes del subsuelo**
Antonio López del Moral > Pág 7
- **Los escritores son como las naranjas**
Francisco Legaz > Pág 8
- **El circo, Los otros círculos**
Santiago García Tirado > Pág 10
- **Manolo se presenta**
Carmen Matutes > Pág 11
- **Los dos amigos**
Isabel M. Abellán > Pág 12
- **El hombre de arena**
José Melero > Pág 13
- **Virgen Salvaje**
Álvaro Díaz Escobedo > Pág 14
- **Historia sagrada. La mística porno**
Rafael Domínguez Molinos > Pág 16
- **Casimiro**
José Antonio Rey > Pág 17
- **Al son del alma**
Guillermo Sastre > Pág 18
- **El zapato perdido de Vetusta**
Pedro Antonio Curto > Pág 19
- **Críticas literarias**
Eduardo Campos > Pág 20
- **Régimen de visitas**
Alberto Castellón > Pág 21
- **Se alquila**
Juan Antonio Bueno Álvarez > Pág 22
- **Una pequeña confusión**
José Luis Alonso de Santos > Pág 23

Novedades de Ediciones Irreverentes



Distribución de Ediciones Irreverentes

Madrid y Castilla La Mancha - Distrifer Libros S.L.
C/ Valle de Tobalina, 32 nave 5-6. 28021 Madrid
Tfn. 91 796 27 09 Fax. 91 796 26 77

Castilla León - Andrés García Libros
C/ Pintores, 5 - Pol. Villares 37184
Villares Reina - Salamanca
Tfn. 923 23 02 06 Fax. 923 25 31 17

Castilla León - Andrés García Libros
Fdez. Ladreda. Parc. 1, Nave. 3 P.
Argales - 47008 Valladolid
Tfn. 983 47 21 55 Fax. 983 47 32 47

Alicante - Alicash S.L.
Ctra. Ocaña, 56 C/C U.A. 4 03006 Alicante
Tfn. 96 510 36 50 Fax. 96 528 96 63

Cataluña y Baleares - Ben Vil S.A.
Viladomat, 86 08015 Barcelona
Tfn. 93 325 46 84 Fax. 93 425 17 13

Málaga, Almería y Granada - Calmal
Carrion-Los Negros, 19 29013 Málaga
Tfn. 95 225 10 04 Fax. 95 225 10 04

Asturias, Cantabria y León - Cimadevilla
Polig. Rocas 3.C/ Arquímedes 33211 Gijón - Asturias
Tfn. 98 530 70 43 Fax. 98 516 72 15

**Sevilla, Cádiz, Huelva y Extremadura
Centro Andaluz del Libro**
Parc.34-36 Km.7,3 Sev-Mal Polig. Ind.
La Chaparrilla 41016 Sevilla
Tfn. 95 440 63 66 Fax. 95 440 25 80

Córdoba y Jaén - Francisco Baena
Pol. Las Quemada. Par.236-A 14014 Córdoba
Tfn. 957 32 60 23 Fax. 957 32 58 42

País Vasco - Herro Libros
Montorre Kalea, 3 Pol.Uga 48160 Derio -Vizcaya
Tfn. 94 454 28 50 Fax. 94 454 19 28

Aragón, Rioja, Soria y Navarra - Icaro
Poligono El Plano, Nave 39 50430
M. Huerva - Zaragoza
Tfn. 976 12 63 33 Fax. 976 12 64 93

Galicia - López Caballero Libros S.L.
C/ Príncipe, 22 36206 Vigo, Pontevedra
Tfn. 986 26 64 33 Fax. 986 37 91 54

Valencia - Lyra
C/ Dels Collidors, 4 46210 Picanya-Valencia
Tfn. 96 1590781 Fax. 96 1590884

Murcia - Miguel Sánchez Libros
C/ Mayor, 55 Pol. Camposol, 2 30006
Puentetocinos, Murcia
Tfn. 968 24 73 31 Fax. 968 20 03 19

Canarias - Odón Molina
Neptuno, 9 (Gracia) 38205 La Laguna-Tene
Tfn. 922 25 66 66 Fax. 922 25 62 11

Exportación a Librerías

Celesa
Tel: (34) 915 17 0 170 Fax: (34) 915 17 3 481
Correo electrónico: pedidos@celesa.com

Azteca
Marquesa de Argüeso, 36 - 28019 Madrid
Tel: 91 5604360
Fax: 91 5652922
azteca@aztecaadist.es

Venta a bibliotecas de España y el extranjero

Puvill
Tel: (34-93) 2988960
Fax: (34-93) 2988961
Correo electrónico: info@puvill.com

**EDICIONES IRREVERENTES, VENTA
DIRECTA A LIBRERÍAS Y EMPRESAS**
editor@edicionesirreverentes.com

**Tienes en tus manos
una obra de arte; no la
tires, no es un simple
periódico gratuito.
Guárdalo y volverás
a leerlo con placer.**

**Si no quieres guardarlo,
por favor, dáselo a alguien
que pueda disfrutarlo.**

Editorial

Irreverentes, literatura independiente de calidad



Cuando uno lee con desgana la noticia del nuevo Premio Nobel o del último Premio Nacional de Narrativa y no le entra ya ni risa, ni se molesta en escribir unas líneas para malmeter y envuelve el bocadillo de salmón ahumado con la página del periódico; cuando a uno le van a decir a quién le ha tocado el Premio Planeta y prefiere saber cómo va el mundial de automovilismo, sólo queda plantearse si por fin habrá sucedido que uno ha legado a sentir ese primer frío de la vejez, que es más terrible que el de la muerte, como —más o menos— hizo decir Ramón del Valle Inclán al Marqués de Bradomin. Pero no debe ser, porque uno desenvuelve el bocadillo, se sirve un champán gélido, tira el papel del periódico a la basura y se dice, “vamos a hacer

el periódico de la nueva literatura”, y crea IRREVERENTES, lo cual no es síntoma de senectud, sino de ganas de que comience una buena guerra, una guerra de las de antes, con bayonetas, trincheras y novias de guerra con fotos viradas al sepia. ¡Aquellas guerras que inspiraron denostadas vanguardias!

los jóvenes de hoy, ¿dónde están? En cualquier sitio —en editoriales pequeñas, en revistas atrincheradas—, en cualquier sitio menos en el catálogo de una editorial consecuente. Consecuente con su balance presupuestario, que dijo aquel redactor que habrán prejubilado, por lúcido. El último escritor que apareció por una

truir la, quererla y odiarla. Somos eso que en un tiempo se llamó escritores, gente modesta que reescribe la realidad para que algún día alguien con exceso de tiempo libre sepa cómo fue este tiempo efímero, porque si busca en los medios prestigiosos verá sólo las manchas de embutido del bocadillo. Somos perros que buscan

**Somos perros que buscan la verdad, cínicos.
Somos Irreverentes que llevan la antorcha de la literatura.**

Y como para hacer una guerra hacen falta guerreros, decidimos arrejuntarnos en pecado escritores jóvenes, pero... como dijo alguien en un periódico con el que envolvimos un bocadillo un lejano día,

editorial como dios manda fue detenido y llevado ante el juez. ¡Que pague por ello! Así pues somos sólo escritores que amamos la palabra, dar forma a la vida, violarla y sufrirla, deconstruirla y recons-

la verdad, cínicos. Somos Irreverentes que llevan la antorcha de la literatura a los antros en los que un águila en forma de perverso camarero les destroza el hígado cada noche. Pasen y lean, si quieren.

La locura en el Quijote

Cuando a uno lo invaden las luces y las sombras del Quijote sabe que la vida real está en medio, dándole un ritmo de bodegón al paisaje romántico de la locura. No hay personaje, escena, situación o diálogo de la más alta novela que vieron los siglos en que no siente cátedra de señorío o de humildad la miserable y prodigiosa vida de los hombres, esa triste y brillante máscara que reúne destrucción y plenitud en un mismo bouquet de gestos, y que es capaz de circular por el callejón del desengaño con la misma pagana displicencia con que lo hubiera hecho, y para siempre, Eva por las avenidas del paraíso de no mediar el episodio de la manzana. Locura, sí, pero templada en el yunque de la sublime cotidianidad, de modo que, por arte de magia, puede mutarse en la sagesse de Paul Verlaine a poco que la muerte enseñe los colmillos al otro lado del espejo.



Luis Alberto de Cuenca

Publicado Originalmente en el libro *De Gilgames a Francisco Nieva* (Ediciones Irreverentes)



Gustavo Durr

No hay personaje, escena, situación o diálogo de la más alta novela que vieron los siglos en que no siente cátedra de señorío o de humildad la miserable y prodigiosa vida de los hombres.

Staff

Director
Miguel Ángel de Rus
Coordinación
Vera Kukharava
Redacción
C/ Martínez de la Riva 137
Correo electrónico:
edicionesirreverentes@yahoo.es
http://www.edicionesirreverentes.com
Delegación Madrid
Antonio López del Moral, Francisco Legaz, Rafael Domínguez, Eduardo Campos y Guillermo Santos
Delegación La Mancha
José Enrique Canabal
Delegación Andalucía
José Melero y Alberto Castellón
Delegación Murcia
Isabel María Abellán
Delegación Cantabria
Álvaro Díaz Escobedo
Delegación Galicia
José Antonio Rey
Delegación Comunidad Valencia
Santiago García Tirado
Delegación Asturias
Pedro Antonio Curto
Delegación Reino Unido
Carmen Matutes
Diseño
DinA3 (nacho@din3.com) Impresión
Imcodavila

Antología del relato español;
los mejores escritores españoles en un volumen.

248 páginas, 15 €

Más información: <http://www.edicionesirreverentes.com>





La antología del relato reúne a los principales autores españoles

Ediciones Irreverentes ha publicado un libro ambicioso por la calidad de las obras que en él se reúnen y por el gran prestigio de los autores que han participado.



La editorial más irrespetuosa de España ha reunido en esta Antología del relato español

“a un excelente equipo de narradores, todos ellos cuentistas excepcionales” en palabras del autor del prólogo de esta obra, Luis Alberto de Cuenca. El lector podrá encontrar en esta Antología del relato español desde extraordinarios cuentos téticos, como los de Antonio López del Moral, Fernando Marías, Miguel Ángel de Rus, Fernando Savater y Andrés Trapiello, hasta un divertido relato iniciático de Fernando Sánchez Dragó; desde los duros veranos descritos de forma tan breve como magnífica por los académicos Luis Mateo Díez y Francisco Nieva, hasta los ambientes cultos, de conflicto y un punto transgresores pintados por José Luis Alonso de Santos y Luis Antonio de Villena; desde el cosmopolitismo descreído de José Enrique Canabal hasta la búsqueda en lo propio, en lo íntimo, en la calle, en la historia cotidiana, de Antonio Gómez Rufo, Juan Manuel González, Paula Izquierdo y Antonio López Alonso; desde la espléndida narración histórica de Joaquín Leguina hasta el relato cogido al vuelo de la actualidad de Lourdes Ortiz.

El cuento, en palabras de Luis Alberto de Cuenca, “es desde el milenario Volksmärchen hasta la formalización definitiva del Kunstmärchen a partir de Jacques Cazotte, E. T. A. Hoffmann y Edgar Allan Poe, el heredero del mito.” En una sociedad como la actual, que ha olvidado sus mitos iniciáticos, retomarlos puede ser un buen ejercicio intelectual. Aunque no sólo es un ejercicio para la mente, sino que es un modo adecuado



Arriba, de izquierda a derecha, José Luis Alonso de Santos, Miguel Ángel de Rus, Juan Manuel González, José Enrique Canabal y Luis Alberto de Cuenca. Centro José Enrique Canabal y Sánchez Dragó. Derecha Miguel Ángel de Rus y Luis Mateo Díez.

Desde Francisco Nieva a Antonio López del Moral, la evolución de la narrativa española actual



de diversión, como añade Luis Alberto de Cuenca “todos —y cuando digo “todos” me refiero, como es natural, a nosotros— coincidimos en que la tarea primordial del narrador no es otra que contar bien una historia atractiva.” Así las encontrará el lector.

Esta Antología del relato español está llamada a marcar una época; recopila grandes cuentos de los principales

autores del momento y en ella están representadas las distintas generaciones de la literatura española actual. Como afirma Luis Alberto de Cuenca en el prólogo, “esta estupenda antología del cuento español actual, está destinada, sin duda, a perdurar”. Es todo un lujo para el amante de la mejor literatura, que encontrará desde autores que ya son clásicos vivos, como Francis-

co Nieva, Luis Mateo Díez, José Luis Alonso de Santos o Fernando Savater, hasta los autores más jóvenes de esta Antología, Paula Izquierdo, Miguel Ángel de Rus y Antonio López del Moral, que muestran la evolución de intereses y de formas de narrar. En medio, los autores que, en su madurez, conforman lo más destacado de la literatura española actual.

Vivendia

Asesores Inmobiliarios

C/ Miguel Fluiters, 25-1ª A - 19001 Guagalajara
www.vivendia.es • e-mail: comercial@vivendia.es

El **Premio Internacional Vivendia de Relatos**, con **110 participantes de 17 países**, se ha concedido al escritor y Catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares, **Antonio López Alonso**. Lo entregó el alcalde de Guadalajara **Jesús Alique**

La pantera en la habitación

mojaba una magdalena en leche mientras leía algo que había dejado escrito un

autor francés cuyo nombre no podría asegurar y añoraba mi infancia de niño de familia terrateniente, instruido por una mademoiselle parisina de extraordinarios modales, cuando la pantera negra penetró en mi habitación.

No podría asegurar cómo entró, pero lo hizo. No me molestó tanto el que robara mi intimidad –vivimos el tiempo en que la multitud ha decidido ignorar entre otros conceptos el de privado– como el modo en que menospreció mis libros. Introdujo el hocico en mis estanterías, los olisqueó, y derribó cuanto pudo, actitud que no se le debe permitir a nadie, incluso si ese alguien es una pantera negra. Una vez en el suelo orinó de un modo cálido, tranquilo, sobre ellos y rugió, mirándome de un modo provocador.

El hecho de que llevara treinta años entrando en casa sin permiso, de que ya hubiera cometido desmanes, como comerse a las dos criadas de provincias, a uno de los vigilantes que cuidaban de la supuesta seguridad del edificio, e incluso a mi padre, no fue óbice para que aquella tarde decidiera que la gota había colmado el vaso, si se me permite la expresión tan manida como gráfica.

Me dirigí raudo hacia la pantera negra y razoné, convencido de que todo tiene solución mediante el diálogo:

–Mire usted, señorita. Tiene que comprender que no está bien lo que hace. No hay nada más valioso que la vida humana y ya se ha comido usted a varias personas. Además, con sus garras ha destrozado varias veces el mobiliario, ha espantado a los vecinos y ha arruinado el negocio que tenía en la planta baja del edificio. He aguantado las tres últimas décadas su violencia, su locura, pero hoy ha sido excesivo. Perdóneme, pero no puedo permitirle que destroce los libros. Algún día deberíamos marcar un límite a sus desmanes.

Se relamió.
Dado que soy absolutamente racionalista (no creo ni en dioses, ni en chamanes, ni en la bondad humana, ni en juegos de azar) y que formo parte de esa generación que sabe cuál es la estructura más mínima del ser humano, e incluso el día y la hora de la creación del universo, creí que la pantera negra –día a día más hermosa, fuerte y con el pelo más brillante gracias a la comida que robaba en casa– comprendería mis razonables argumentos y depondría su violenta actitud, pero no fue así.

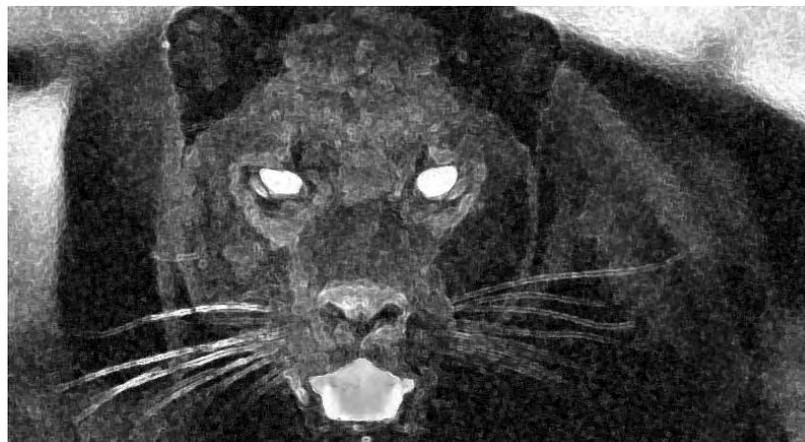
Antes de que pudiera explicarle la Carta de los Derechos del Hombre, la legislación vigente o el concepto cristiano de caridad, se había comido la parte inferior de mi pierna izquierda. Incluido el zapato.

No grité ni lloré porque pertenezco a una raza de hombres que habían conquistado el mundo,



Miguel Angel de Rus

<http://miguellangelderus.blogspot.com> • <http://perso.wanadoo.es/miguellangelderus>



Antes de que pudiera explicarle la Carta de los Derechos del Hombre, la legislación vigente o el concepto cristiano de caridad, se había comido la parte inferior de mi pierna izquierda. Incluido el zapato.



Últimos libros del autor:

- Evas
- Malditos
- Europa se hunde
- Dinero, mentiras y realismo sucio
- Putas de fin de siglo
- Cuentos Irreverentes

padres de los modernos Estados, pero me sentí muy mal, lo pueden creer. Mal hasta el punto de que mis argumentos a favor de la convivencia surgían entre sollozos.

Mi templanza, por extraño que pudiera parecer, le abrió el apetito. Mientras le hablaba de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa de Jesús y de San Francisco de Asís, de que estaría dispuesto a perdonar tan sólo a cambio de que dejara de matar y se convirtiera al vegetarianismo, devoró mi pie derecho. Creo que no es necesario explicar que, una vez desaparecida media pierna izquierda, el pie derecho se había convertido en indispensable para sustentarme.

Caí sobre el sofá. Soy un blando, lo reconozco, pero lloré de dolor, otra debilidad de mi espíritu. Allí encontré el cortaplumas de plata que solía usar para abrir las cartas. Me volví con él en la mano derecha y vi muy cerca las fauces de la pantera negra, a punto de sectionar mi yugular. La yugular está aquí.

fue esa y no otra la razón por la que le aseté treinta y cuatro cortes en el cuello al animal que, en la determinación más adecuada de su vida, murió entre estertores que más parecían eructos.

El resto ya lo saben. La campaña internacional de prensa contra este humilde tullido por haber matado a una fiera de una especie protegida; mi detención (era fácil, ya no era el hombre poderoso de antaño, sólo un cojo en una silla de ruedas) y la voladura de mi vivienda. Nada de ello hubiera pasado si hubiera llamado a la policía y hubiera esperado a que las fuerzas del orden hubieran tenido una orden judicial; incluso debí pedir su opinión al parlamento para saber qué decisión hubieran tomado los representantes de la sociedad.

Comprendo que hice mal en defenderme. Acaso ese desliz en mi comportamiento se deba a las lecturas, malas influencias. Asumo que hubiera sido más fácil que el animalito se hubiese merendado a este servidor, pero no tengo conciencia. Ciertamente soy un depravado.

Agradezco la condena y que mi nombre se airee como ser antisocial. Que nadie piense que hay que hacer frente al miedo, sino sucumbir en silencio. Su sentencia será la luz que nos guíe por el correcto camino.

Lloro, sí, lloro de alegría al haberle conocido y quisiera levantarme de la silla de ruedas para abrazarle y agradecerle su sentencia, pero no puedo.

Usted es la palabra de Dios.

Bäsle, mi sangre, mi alma,
de Miguel Angel de Rus
el Mozart más desconocido y fascinante





La santa compañía

qalologo era el tonto del pueblo, aunque no era más que un muchachito pasmado, siempre con el moco colgando, pálido, huido y trémulo. El pueblo solamente tenía un tonto, aunque si había más tontos. Galogalo husmeaba la vida como un perro callejero y como un buen can, jamás pifiaba, siempre esperando algo, siempre le bullía su cabeza, pequeña y muy apepinada; era desdentado, de pecho hundido, con mucho vello, siempre con la nariz moqueando. Cada atardecer se iba a la taberna, donde los borrachos se mofaban de él; nadie hacía el papel de tonto como él y no era un bobo cualquiera, de esos que parecen necios; sonreía siempre aunque lo vilipendiasen, era tanta su bondad que se sentía bien cuando los borrachos y los fracasados olvidaban en unos instantes su melancolía.

Galogalo era vilipendiado y al mismo tiempo protegido por todos, vivía solo desde que su madre muriera de sífilis, iba ya para cinco años. Por entonces ya estaba vieja para ser puta. Cuando los hombres la concurrían era por qué no había otra ramera en el pueblo. Vivían con estrecheces y algunas mujeres del maledón les ayudaban dándoles restos de comida y ropa vieja y de pascuas a ramos trabajo. Al morir la sífilítica, los borrachos del barrio no consintieron que lo llevaran a la inclusa, tenían miedo que a ellos, de viejos, les hiciesen lo mismo y los enviaban al asilo; todos lo apadrinaron, pues necesitaban a un tonto que los protegiese de la imbecilidad colectiva.

Galogalo no tenía padre; decían que su madre le había engendrado apareándose con el diablo, aunque un dedo acusador señalaba al anterior párroco. Por aquel entonces la madre de Galogalo limpiaba la iglesia y con el pasar del tiempo se convirtió en la barragana del libidinoso párroco. Después, cuando el cura, debido a las presiones del propio pueblo y del obispo, echó a la madre de Galogalo, se convirtió en la prostituta del pueblo; cuando fue envejeciendo, oficiaba de meiga y planitera en los entierros y velatorios de la aldea. Al final de la vida de aquella desdichada, malvivían madre e hijo de los velatorios y la limosna. La contratada para llorar durante toda la noche, pero desde la calle o al final del séquito, acompañando al difunto hasta el cementerio.

Sábado de carnaval, el pueblo bullía, el jolgorio en las tabernas era tan intenso que nadie se entendía; era como una torre de Babel instalada en Sodoma; ir y venir de parroquianos, vino en los gatzates, canciones marineras en las voces broncas de los beodos. Al atardecer, grupos de aldeanas mozas procedentes de las parroquias llegaban a la villa. Venían en oleadas de cuatro a diez, cogidas de la cintura, ocupando todo el ancho de la correidora, sujetaban la respiración jadeante que hacía aletear sus pechos. Sabían que poseían un argumento más que el hombre: el beso. Vestían ropa de domingo, que confería a sus cuerpos campesinos la lozanía del fruto en la rama; eran insaciables, los mozos las prometían amor y ellas les reclamaban matrimonio; pero los mozos aspiraban a seducirlas, llevarlas al baile de la noche y después al maíz.

Iba a reunirse con los borrachos de la taberna, con en el único afán de impresionarlos, pero en la taberna todos llevaban disfraces primorosos y apenas le hicieron caso. De cuando en cuando se organizaban trifulcas típicas de la feria, Galogalo, cumplía con su deber de adhesión y se ponía del bando de los de la taberna, pero terminaba maltratado por todos. En un tumulto uno de los mozos le dio un empujón a Chispita, que andaba por el medio, trastabilló y cayó al suelo; Galogalo furibundo, desnudó una pequeña navaja y señaló con ella al mozo, que



José Enrique Canabal Barreiro

socarrón no hizo caso de la amenaza. Galogalo movía la navaja como si fuese un remo. Aunque no era consciente de que un momento elegido por el azar vale siempre más que el momento elegido por él mismo. El mozo embistió como un buey contra Galogalo, que del miedo se orinó, tiró la navaja al suelo, quedó paralizado con los brazos protegiendo su mirada, pero el mozo se ensañó dándole puñetazos y patadas. Una gran palidez cubría la cara de Galogalo y sus labios se contraían con muestra de dolor; sus temblorosas piernas ya no le aguantaban, se retorció y cayó afligido al suelo. El mozo seguía ensañándose con él, lo pateaba. Un chorro de sangre manaba de su boca temblorosa y su nariz escupía un fluido gelatinoso. Todos jaleaban al mozo e increpaban a Galogalo para que pelease, le azuzaban llamándole cobarde. Los compinches de la taberna se regocijaban de la escena; comprendió que los amigos son tan peligrosos como los enemigos.

La noche anterior presentado la sombra de una señora desconocida, era pelirroja, de larga melena ondulada y vestida de blanco. Se ocultaba entre las negruras de la noche, para que él no se diera cuenta de su aspecto. Le vigilaba y seguía sus pasos hasta la puerta de su casa, pero Galogalo la había descubierto y desató en él un extraño miedo y una enorme curiosidad. No quedaba vestigio de la dama de blanco. De repente sonó una voz limpia, que le decía: "No tengas miedo". Quedó paralizado, quiso escapar, no pudo, cerró los párpados en un intento baldío de huir, pero todo fue en vano, lleno de terror taponó sus oídos. Ella se dio cuenta de su terror y le acarició su trémula cara.

Comenzó a hablarle con delicadeza. Le reveló que ella necesitaba ayuda, que llevaba deambulando muchos años; venía de la costa de la muerte. Necesitaba una persona pura, como él, de un ser compasivo que la socorriera y le ayudara a buscar el camino al descanso eterno. Se sentó frente a él y con gesto imperioso de su cara, le conminó a iniciar el rito sagrado de la purificación. Tras los primeros sorbos, bebieron los segundos, después los terceros; el orujo hacía flotar los secretos. Con los décimos sorbos acabaron de consumir el orujo de primera potada. Galogalo se sentía mareado. La dama recubrió el suelo con arena recién lavada por la mar, puso encima su velo y le hizo acostarse encima. El fuego perdía brillo. Ella se levantó, desplegó los brazos en cruz, se quitó el corpiño y unos senos de novicia saludaron a la noche. Galogalo la miró fijamente y dijo: "Quiero saber quien fue mi padre". Una luminosidad lo inundó todo, ante él apareció el retablo de la iglesia de Santa María y allí estaba su libidinoso párroco, arrodillado ante la cruz, expiando sus pecados. Galogalo pensó que era hijo de dios. A continuación, el alma le descalzó y empezó a acariciar su pelo hasta que se quedó dormido.

Domingo por la tarde, los muchachos y las mozas, en dos grandes grupos separados entre sí, se miraban de soslayo y con deseo. La banda de la música interpretaba el pasodoble "España cañí" y las mozas se pusieron a bailar en parejas. Al mismo tiempo que caía la noche, comenzaban a encenderse las tímidas bombillas

de la plazuela. Aunque el bullicio era ensordecedor de cuando en cuando resaltaban algunos compases y la voz del solista cantado: "... que viva España...". Escuálido, se confundía con la gente, hacía su paseillo entre la mofa de mozos y mozas, que dejaban de bailar para aplaudirle o denigrarle con insultos soeces. Las mozas, cogidas por la cintura, le cantaban "Suspiros de España" y le gritan: "Torero". Era su momento de gloria. No cabía dentro de sí; pero le duró poco, unos mozos, bebidos y celosos de su popularidad, se acercaron y le quitaron la espada, se la rompieron e hicieron jirones de su capote. Su momento de gloria había durado un soplo. Galogalo vio que no eran las cinco de la tarde, sino que caía la noche, se marchó al prado en donde practicaba sus solitarios. Los mozos y las mozas le inquirían al pasar con tono picante: "¿Adónde vas Galogalo, con tu novia?" Parecían oírse las campanadas de la espadaña de la parroquia de Santa María, doblaban a muerto.

Galogalo estaba decidido a llevar a cabo su aventura: agrandar al hada del bosque. Aunque era verano, la niebla convertía el día en triste y gris y las gaviotas se negaban a alzar el vuelo y volar hasta la mar abierta, recogándose al amparo de la costa, trazaban amplias circunferencias planeando sobre el maledón y los acantilados. La tarde caía sobre el horizonte, donde destacaba una incipiente luna llena; una noche ideal para cultivar el esoterismo y deshacer el maleficio que aprisionaba a las hadas en el mundo de las sombras. Las neblinas empañaban la ría, iban envolviendo los bosques de una turbiedad que empapaba las almas.

Transcurridos unos instantes, el bosque se cubrió de un inanimado silencio, ella le dijo su nombre: "Me llamo Impúber".

Estuvieron unos instantes mirándose fijamente a los ojos y en silencio; Galogalo no se reconocía, se sentía radiante y lleno de amor, con sus manos acarició suavemente aquellos largos cabellos cobrizos, que ahora relucían como los de la virgen de la iglesia de Santa Marta. Ella se acercó a él y le besó en los labios con celestial dulzura y él la arrulló; un fuego abrasador comenzó a devorarlo, la lamía con desazón, ella le acariciaba la nuca y ambos se fundieron en un

océano de placer. Se amaron hasta las primeras luces del día, él resguardó su cabeza entre sus pechos mientras ella le ordenaba los sueños. Ya no estaban solos, el bosque nació lleno de silencios; al mismo tiempo que se quebraba el hechizo, se oyó el canto de la lechuzca.

aquella noche, en un oscuro rincón Galogalo se quitaba la vida, le encontraron, tres días después, con las manos enlazadas de dulzura una mirada bucólica y una nota escrita en papel de estraza que rezaba: "Adiós Chispita, te espero en el cielo, pues Dios me ha dicho que el destino no es tan hijo de puta como dicen los hombres". La luz de la luna se había quedado aferrada en las florestas. Había tomado un matarratas y dos murciélagos que le habían picado, yacían a sus pies dándole el último adiós. Pero impúber seguía fiel a la palabra dada y el hada le acompañaba en su nueva soledad; todas las noches le venía a buscar y ambos hacían el amor en la playa que los transportaba a la mar inmensa.



FRANCO DE GONZ.

<http://www.josenriquecanabal.com>



Últimos libros del autor:

- Mar adentro
- El Vidente
- Luna de hojas muertas
- Rescoldos

Apuntes del subsuelo

El día que se fue

Cuando mi madre me dijo que papá se había marchado de casa, mi primer impulso fue rasgar todos sus escritos, romper sus libros, eliminar todo vestigio de su paso por mi vida. Tenía diez años, y aunque durante los últimos tiempos no le había visto demasiado a menudo, aquella confirmación oficial fue como una invitación al desahogo. En una suerte de ceremonia catártica, arranqué la gran fotografía en blanco y negro del comedor, la de los tres. Después busqué por la casa su ropa olvidada y la desmenucé con tijeras, metí en una bolsa de basura sus zapatos viejos, arrojé a su suelo sus frascos de colonia y esparcí la vieja colección de monedas del mundo. Sólo me detuve cuando, al abrir el cajón de su mesilla y volcar su contenido sobre la alfombra, cayó silenciosamente, como si pretendiese continuar oculta, su vieja pipa. Entonces recordé cómo me gustaba morder la boquilla cuando él no estaba, recordé cómo me miraba al espejo imitándole con la pipa en la boca, recordé aquel sabor prohibido, cómo permanecía en mi lengua durante horas, cómo me olía después los dedos, y recordé que, siendo más niño, había deseado muchas veces ser mayor para poder fumar en ella con plenitud. Sólo en ese momento pude llorar.



Antonio López del Moral

deseos, otras voces y otros ámbitos. Conseguí, nunca sabré cómo, tiempos de alcohol y drogas, años de desmadre, varios papelitos en películas, fui policía, fui público, fui paseante anónimo, y estudiante, y conocí a directores de verdad, consagrados y magníficos, y aunque nunca llegué a nada, porque quizá tampoco lo pretendía, el gusanillo del celuloide prendió en mi corazón, y muchos años después, cuando ya me planteé algo serio para mi vida, y me decidí por la escritura, y conseguí hacer algunos guiones, cuando ya por fin me introduje de veras, me di cuenta de que nunca sentiría la frescura del cine con la fuerza de aquellos tiempos en los que todo daba igual, en los que la inefabilidad del descubrimiento, la luz de lo nuevo, hacían mucho más atractivo a un falso director que sólo buscaba sexo que a todas las demás promesas de la vida real, la que para mí, en aquella época, no existía tan intensamente.

Aracnofobia

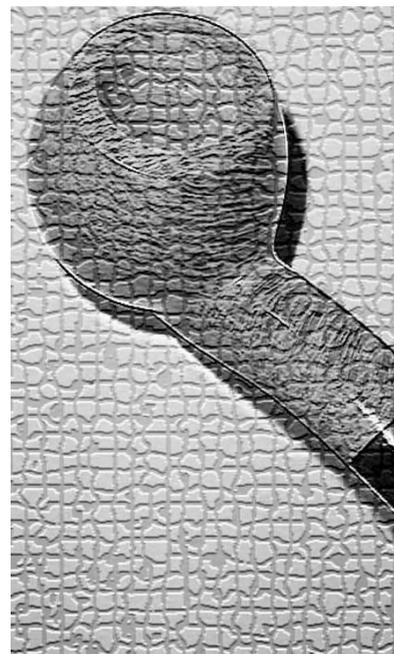
Las arañas me han inspirado siempre un terror licuante. Delante de una araña me convierto en otra persona, mis manos tiemblan, sudo, tartamudeo, incluso tengo a veces la clarísima sensación de perder el conocimiento. No imagino otro ser más aterrador, ni una imagen más desazonadora. Recuerdo infinitos episodios de mi infancia y adolescencia en Villa San Miguel, la casa de mis abuelos en el pueblo, una edificación enorme, antiquísima y, por supuesto, infestada. Estaban por todas partes, caían desde el techo sobre mi colcha, aparecían de improviso flotando en una jarra de agua, sobre la butaca en la que me disponía a sentarme, o, más espantosas aún por el contraste, sobre los manteles blanquíssimos que extendía mi abuela sobre la mesa, inmóviles y yo diría que burlonas, desafiantes, negras y crueles junto a los platos y los tazones de loza.

En el jardín, enorme y descuidado, sabía que las encontraría en los sitios más insólitos, en uno de los huecos de la arquitectura de yeso del porche, entre las enredaderas, colgando de un hilo justo a la altura de mi cara, o silenciosas y taimadas en las redes, como minotauros en sus laberintos. ¡Dios! Incluso hallé una, no me pregunten cómo llegó, dentro de una caja de cerillas, ¡y la toqué con los dedos! Creo que nunca podré olvidar aquella sensación.

Podría pasar horas hablando sobre ello, pero ahora sólo quiero contar lo que ocurrió la tarde que Pilar se marchó para siempre, sin que yo le hubiese llegado a confesar mi amor. La quería tanto que me dolía su ausencia como una herida, había escrito todos mis primeros poemas para ella, y la perspectiva de perderla sin que supiese, me decidió a dar el paso. Saqué fuerzas, repasé mentalmente lo que le diría en la estación, preparé mis mejores palabras y ensayé un par de veces ante el espejo mi única sonrisa triste. Cuando ya corría hacia la puerta, encontré la araña más enorme, negra y espantosa, colgando siniestramente del dintel, a la altura de mi cabeza, impiéndome salir. Me quedé inmóvilizado, sin atreverme a rodearla, porque eso hubiera supuesto pasar a su lado, sin atreverme tampoco a cruzar por debajo, porque el terror a que me cayese encima era tan fuerte que casi hacía que me desmayase. El tiempo pasaba, el tren partiría pronto, y yo perdería, sin duda, y el sabor de aquella primera derrota marcaría mi vida quizá para siempre.

Registré la casa y regresé a la puerta armada de un spray insecticida, a prudente distancia lo vacié sobre el monstruo, que al principio se resistió, intentó huir, escapar de su

propia tela empapada, y luego, lentamente, en una agonía casi coreografiada, cayó al suelo, justo delante de la puerta, encerrándome aún. Todavía movía sus horribles patas, todavía era capaz de inmovilizarme. No me quedaba ya insecticida, de modo que busqué por todas partes, y encontré otro spray, esta vez de espuma de afeitar. La enterré en un montón de nieve blanca que me libraba de su visión, pero, cuando ya levantaba el pie para pasar por encima, vi que asomaba otra vez, aún más



Entonces recordé cómo me gustaba morder la boquilla cuando él no estaba, recordé cómo me miraba al espejo imitándole con la pipa en la boca, recordé aquel sabor prohibido.

negra, aún viva. No sé cómo pude hacerlo, no sé de dónde saqué la fuerza, pero dejé caer el pie violentamente, y luego otra vez, y otra, y otra, y sentí mi cuerpo como algo líquido, algo que ya no me pertenecía, sentí un vértigo brutal, una embriaguez absoluta mientras saltaba sobre el montoncito de nieve, y grité hasta romperme la garganta, y lloré, y sudé, en aquella ceremonia catártica, aquel baile de liberación, aquel horror.

Cuando llegué a la estación, el tren se alejaba.

Hermosa y negra

Comencé a trabajar como extra por casualidad, me encontraba en aquella vieja lavandería de Chamberí que ya no existe, que ha sido reemplazada sucesivamente por una agencia de viajes y un restaurante chino, me encontraba allí, digo, esperando que la enorme máquina industrial terminase de centrifugar mi ropa. Tenía entonces 19 años, acababa de dejar los estudios, no trabajaba, y atravesaba uno de esos momentos vitales en los que todo es posible, tu vida se abre completamente frente a ti, un territorio inexplorado, una página en blanco, vértigo de no saber dónde estarás mañana, lecturas iniciáticas, o, como decía Gurruchaga, porros de fresa y limón. Jugaba al fútbol, lanzaba cuchillos, me entretenía en convertirme en experto de la nada, filosofaba sobre la existencia desde la atalaya del territorio completamente virgen, amaba a mujeres, hombres, situaciones, ciudades, canciones y ferrocarriles, y me perdía por los vericuetos del cine sin adentrarme demasiado, porque me interesaba mucho más la vida real que la de las pantallas.

Yo vivía entonces en casa de mi madre, un piso viejísimo con corrala, angosto y poco iluminado cuyos pasillos aún conservaban el aroma de mi abuela fallecida; gozaba del descubrimiento, la luz, la duda sistemática, no creía en la vida que me ofrecían, el camino trillado del que hablaba Somerset Maugham, no quería seguir los pasos de nadie, no sabía qué deseaba, y en ese estado de indecisión, felicidad y hedonismo, tocaba la guitarra, paseaba por el Rastro, fumaba hachís en un piso semiderruido de Tirso de Molina. Música, cine, libros, la vida era hermosa y negra, incierta, y en la lavandería de la calle Ponzano conocí a un tipo meloso que me ofreció ser extra en su próxima película para, acto seguido, espetarme que en ese mundillo las relaciones entre hombres eran normales, no debía escandalizarme, y me acarició la mano. Y no me escandalicé, pero aquel tipo que no me atraía había despertado en mí sin saberlo la atracción por el cine, de modo que me fui de la lavandería, le dejé a él y busqué, ahora ya seguro de mis

<http://antonioldm.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Cuando fuimos agua
- El cuaderno de los reflejos rotos



Los escritores son como los naranjos

La política, el libre mercado, la globalización, la democracia; son estos algunos de los caracteres que están incluidos en la idea de lo que se ha dado en llamar cultura; nuestra cultura. Una cultura basada fundamentalmente en el dinero; el comercio. Una cultura en la que cosas como el trabajo o la tierra, han pasado a ser mercancías al uso. Mercancías que nunca antes lo habían sido; incluso el dinero también lo es. También se compra y se vende el dinero. Recuerdo que cuando escuché esto por primera vez, tardé mucho tiempo en entenderlo. Ahora lo veo claro. El dinero tiene un precio que es el interés; así de simple. La literatura entra a formar parte de todo este mercado con su propia fuerza. La literatura también se compra y se vende; es otro valor de mercado, otra mercancía. Y así las editoriales, compran literatura o invierten en ella para venderla posteriormente, con la esperanza de obtener un beneficio; una plusvalía. Por lo tanto sería ideal el tener una editorial que produjera sus propias obras, maximizando así las ganancias, al prescindir de los autores o productores. Esto ya es un hecho; ya existe. Muchas editoriales compran con antelación, incluso antes de la propia creación y por encargo previo, las obras que van a vender posteriormente y aún de forma más eficaz tienen contratados a sus propios escritores que realizan las tareas propias de este oficio a precios fijos que no dependen de la valía de la obra o de su calidad intrínseca, ya que escriben atendiendo a la supuesta demanda social de este o de aquel tipo de texto, según van dictando los especialistas en marketing o ventas. Por lo tanto, las editoriales, se han convertido en máquinas productoras de cultura; auténticas factorías del saber. La producen, la empaquetan y la venden, creando y atendiendo las necesidades previamente diseñadas, que se ajustan a sus criterios de calidad. Me recuerda esto un poco a un curioso fraude detectado, según el cual, cierto laboratorio farmacéutico se inventó una enfermedad inexistente, difundiendo en los medios sus evidentes síntomas, y claro está, fabricaba y vendía el fármaco que, milagrosamente, curaba esa supuesta enfermedad. El laboratorio creaba la enfermedad, difundía los síntomas, producía los enfermos, comercializaba el fármaco milagroso, y a su vez los pacientes supuestos, eran consumidores ciegos del remedio para su mal. El círculo, como ocurre en las grandes editoriales, queda cerrado perfectamente. Una auténtica maravilla.

debido a la manipulación de los precios en origen, por parte de las grandes empresas de la fruta de EEUU, las naranjas se pudren en los árboles mientras la gente se muere de hambre sin ni siquiera poder comerse la fruta podrida. Lo dijo John Steinbeck en 1.939, en su apoteósico *Las uvas de la ira*. Cambiemos naranjas por novelas; el resultado es el mismo. Pero los naranjos, cada temporada, siguen dando sus frutos, sin importarles para nada, el precio que marque nadie. Los escritores seguimos escribiendo. Unos años damos frutos de más calidad, otros de menos, pero la fruta sigue ahí, esperando ser consumida; esperando su paladar correspondiente; a veces se pudre en el árbol. La cultura sigue su curso; es de suponer o se le supone. Aunque también la idea de cultura está sometida a todo esto. Si quieres poner nervioso a un antropólogo nómbrasela. No hay término más confuso que el de "cultura". Sin embargo es una palabra



Francisco Legaz

que tiene penetración psicológica. Todo el mundo es capaz de entender lo que significa cultura. Tenemos nuestra cultura; pertenecemos a esta o a aquella cultura.

La cultura se empezó a estudiar como concepto hace más de un siglo. Al principio se enfocó la atención en los pueblos antiguos, a los que se les suponía virginales en el sentido de que no habían tenido contacto con occidente o con la civilización; otro término parecido al de cultura. Pero pronto todos estos pueblos fueron desapareciendo, sobre todo desde que Europa decidió extender su mano para tomar sus riquezas. Fueron desapareciendo o bien literalmente como en muchos casos, o bien integrándose en la nueva "cultura" que pretendía colonizarlos, de forma que hoy, el objeto de todos aquellos estudios culturales antropológicos ha desaparecido. Así ocurre que hablar de cultura local o nacional, tiene cada vez menos sentido, ya que asistimos al proceso de la glo-



<http://franciscolegaz.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- El horizonte está en la escalera

balización, que parece que es lo contrario de lo que significa más o menos el de cultura. La globalización devora todo lo que encuentra a su paso. "Hubo un tiempo en que estábamos bien. Hubo un tiempo en que estábamos en la tierra y teníamos unos límites. Los viejos morían, y nacían los pequeños y éramos siempre una cosa". También lo dice Steinbeck en *Las uvas de la ira*, pero ese tiempo ya pasó...

Borges, lo dice aún más claro. "le tocaron como a todos malos tiempos en los que vivir". Será la condición humana que es así de depresiva y triste. Siempre, a todos, nos tocan malos tiempos.

Por todo esto, me gustaría intentar transmitir el valor de la literatura como auténtica medicina contra todos estos trastornos, como fuerza liberadora para la mente humana que necesita, porque es necesaria, una puerta por la que escapar; un lugar en donde sentirse relajado sin la presión constante de la propia vida; un lugar en donde el escándalo ruidoso de la realidad feroz e inhumana de crueles guerras, e interminables conflictos y ruinas y pobreza abismales y antiguas no se escucha. Sentados

frente a un libro, en silencio, sólo escuchamos lo que el autor nos cuenta, y sobre todo, lo que nuestros sentimientos y nuestra imaginación quieren dictarnos. A través de la literatura el individual microcosmos se expande y se convierte en un macrocosmos inmenso, capaz de llegar a todos los rincones; a cualquier rincón por oscuro y siniestro que sea. El cerebro humano tiene un problema, y es que es capaz de imaginar muchísimas más cosas de las que en realidad puede llevar a cabo física o realmente. La literatura soluciona en parte este gran fallo en nuestro diseño, esta frustración, abriéndonos de par en par la puerta de la imaginación, dejando así que entre el aire fresco de otras realidades.

En la última escena de *Las uvas de la ira* es muy fácil sentir un escalofrío. Un hombre se muere de hambre. Una mujer decide amamantarlo en su pecho como si fuese un recién nacido. Son campesinos que, por la codicia de las gran-

Las naranjas se pudren en los árboles mientras la gente se muere de hambre sin ni siquiera poder comerse la fruta podrida. Cambiemos naranjas por novelas; el resultado es el mismo.

des empresas, la crueldad del mercado y por otras muchas razones que se pueden incluir en el maravilloso principio del etcétera, se ven arrancados de la madre tierra que les alimentó durante muchas generaciones. Y expulsados de sus lugares de origen, buscan desesperados la tierra prometida sin encontrarla. Me gusta recordar la escena en la que un tractor de la nueva empresa propietaria de los terrenos, rompe con absoluto desprecio una esquina de la casa de los campesinos, con tal de no variar ni un milímetro la perfecta línea recta del surco de los nuevos cultivos de algodón. No hay propietarios. El conductor del tractor es otro asalariado muerto también de hambre. No hay sindicatos a los que pedir auxilio, no hay nadie a quien matar para vengarse, dice el campesino.

no me importa que la apisonadora aplaste mi casa. La puerta de la casa de mi imaginación está permanentemente abierta, y por ella me escapo cuando quiero; cuando puedo. Gracias de corazón a los que me abrieron los ojos a este mundo maravilloso.



Alejandro Jodorowsky presentó su nueva obra, *Las ansias carnívoras de la nada*, en Madrid. Sobre ella, Jodorowsky afirmó "Llevado por mi ardiente deseo de evadirme de la novela costumbrista, realista mágica o didáctica-social, con su aristotélica construcción en tres actos, comienzo-nudo-

desenlace, cuajada de lluvias de flores, chamanes drogados, patriarcas con olor a queso de cabra, amores entre vejetes, putas santas, jergas indígenas, muertos que no saben que han muerto... me dije: voy a presentar un héroe con el que el lector de ninguna manera pueda identificarse. No será uno sino tres. ¿Por qué no?"



El escritor y catedrático de medicina de la Universidad de Alcalá de Henares, Antonio López Alonso, ha ganado el Primer Premio

Internacional Vivendia de Relato, con la obra *Soledad de otoño* infancia de silencio; el primer accésit ha correspondido al escritor y guionista de TVE, Antonio López Del Moral, por su obra *En el espejo*; se concedió un segundo accésit para el escritor mexicano Herminio Martínez. Fueron finalistas el argentino Carlos O. Antognazzi y el autor linarense, Santiago García Tirado. Participaron en este premio, patrocinado por la empresa de Guadaluajara Vivendia, 110 obras, en representación de 17 países.

Luis Antonio de Villena narra en *Mi Colegio su niñez traumática en El Pilar.* «Cuento mi educación en el mundo del nacionalcatolicismo y en un colegio de la alta burguesía, muy chic, donde van de la mano la religión y el machismo. Me acusaban de ser raro, simplemente porque yo era tímido y no me gustaba jugar al fútbol; eso me marcó como diferente sin yo pretenderlo. Para mí fue una especie de tortura de la que logré escaparme a través de la literatura».

Se ha presentado en Madrid la novela *Un viaje hacia el abismo*, de Francisco Legaz, sobre la soledad y la muerte en la sociedad actual. Según el autor, «Los dos protagonistas de *Un viaje hacia el abismo* están solos. Ella, viviendo en una gran ciudad; él, en un pueblo abandonado, que podría ser cualquier pueblo de Castilla o de Aragón. Ambos escapan de la soledad y se encuentran en un tren que les lleva hacia un destino inesperado».

Pedro Antonio Curto presentó en Ámbito Cultural de Gijón su libro, «Los viajes de Eros», en el que ha escogido el género del relato para dar forma a una exploración literaria por los itinerarios del deseo y la carne. Afincado en Gijón desde los cuatro años «nací en el País Vasco por azar, mi padre era zamorano y mi madre de La Mancha» ha publicado con anterioridad «Crónicas del asfalto», también de narraciones breves; la novela corta «Un grito en la agonía» y «El tango de la ciudad herida»

La Asociación Colegial de Escritores de España celebró la Noche de las Letras Españolas y la entrega de los Premios Quijote, 2006. Se entregó el Quijote de Honor a toda una vida, votado por los miembros de nuestra Asociación, que este año ha premiado a Francisco Ayala.

El PSOE profundiza el camino iniciado por el PP en 2000 para hundir a editoriales y librerías medianas y pequeños: no habrá precio fijo para el libro de texto. La liberalización del precio de los libros de texto –o lo que es lo mismo, seguir permitiendo a las grandes superficies que marquen a los libros el precio que quieran– está incluida en el proyecto de ley de la Ley del Libro, la Lectura y las Bibliotecas aprobado en el Consejo de Ministros. Esta medida, no figuraba en el anteproyecto ni en el borrador del proyecto de ley. Así las pequeñas librerías quedan condenadas ante la competencia desleal de las grandes superficies, que utilizan el libro de texto con el 25% de descuento para atraer compradores de otros productos. Lo cual repercute en las editoriales, que han visto en algunos casos como se ha rebajado en un 10% más sus ingresos por la imposición de las grandes superficies, llegando a cobrar sólo el 40% del PVP del libro.

Visto en la web oficial de Alfaguara. Preguntan al lector en una encuesta. ¿Qué es lo primero que miras de un libro? Y le dan las siguientes opciones: La portada, La contraportada, El título, El autor y La editorial. ¡No se molestan en mencionar El Texto! En el momento de redactar esta noticia, iba en cabeza el título, seguido de la portada.

Lourdes Ortiz novela la obsesión y los celos de un hombre maduro en su nueva novela, 'Las manos de Velázquez', protagonizada por un profesor de Arte, casado con una ex alumna que tiene la mitad de años. Está convencido de que ella le podrá los cuernos y que le abandonará, que su vida de mujer joven les separará. Pero no: es él mismo el responsable de la separación con sus celos y obsesiones.

En «Esencia de mujer», presentado en la Casa de Cantabria de Madrid, Álvaro Díaz Escobedo hace un homenaje a autores de principios del S.XX como Felipe Trigo, Joaquín Dicenta, Zamacois o Alberto Insúa. Es un homenaje a las novelas cortas de El Cuento Semanal

Fernando Sánchez Dragó participó en las jornadas sobre pensamiento crítico de la Facultad de Derecho de Córdoba. «En una sociedad de tal algarabía como la actual, el silencio es uno de los mensajes que un intelectual crítico debe transmitir», afirmó con extrema lucidez Sánchez Dragó, quien habló de la necesidad de mantener la figura del intelectual com-



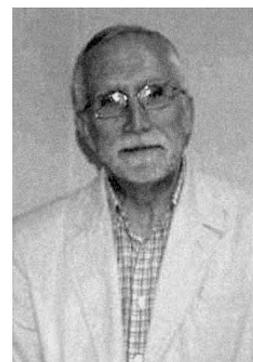
prometido, heredero de la Revolución Francesa, mostrado en el «Yo acuso» de Zola y en personalidades como Sartre y Camus. Acabó atacando el actual sistema de valores que elimina las jerarquías culturales y denunció que «El tam-tam de un pueblo africano, que es muy interesante desde el punto de vista antropológico, se equipara con la Novena Sinfonía de Beethoven».



Isabel Mª Abellán y José Melero presentaron en Madrid sus respectivas novedades; «El último invierno» y «La soledad del húsar» en el modernista Café El Espejo.

Ante un grupo de periodistas madrileños expusieron sus impresiones e hicieron sendas entrevistas en Radio Nacional de España y Radio Intereconomía.

Luis Mateo Díez ha publicado *La piedra en el corazón*, una novela sobre el dolor y la depresión que tiene al 11-M como telón de fondo. Pone frente al lector el testimonio de una catarsis que explora la enfermedad, el miedo y la soledad en el Madrid sacudido por el espasmo del 11 de marzo de 2004. *La piedra en el corazón* (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores), es el relato inerte de una mujer presa de una depresión infinita, y de cómo la enfermedad perturba a sus padres, separados y solitarios.



Fernando Marías ha recibido el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil por *Cielo abajo* un texto histórico con el que este autor también ganó el II premio Anaya de Literatura Infantil y Juvenil. Fernando Marías (Bilbao, 1958) además de ser un novelista de éxito, con numerosos galardones, es también realizador publicitario y guionista de cine y televisión.



El circo. Los otros círculos

Por supuesto que soy un extraño, cualquiera que entre a una ciudad desconocida se dedica a preguntar por su camino, y hace ya mucho que yo ando así, lo sé, pero no necesito esas miradas de la gente desde detrás de sus ventanas, yo no soy un extraño en ese sentido, sólo ando buscando a alguien que me diga dónde vive ella. Acabo de llegar, simplemente. Y es de noche, y aquí no conozco a nadie, pero no me miren así. Hay quien llega tarde, como hay quien no llega nunca, y quien ni se lo ha planteado. Pero yo al menos he venido.

Vo siempre me había sentido bien entre los míos, ni siquiera puedo decir que me disgustara mi vida. Cumplía con lo que se esperaba de mí, y veía que los demás hacían lo mismo, conque hubiera sido difícil entender que las cosas admitieran otro sentido, otro modo de manejarlas, como si dijéramos. Allí dentro el único que cantaba en otro tono era Enrique, y bueno, porque Enrique tenía esas cosas, y su afición al vino peleón, y los demás habían acabado aceptando que Enrique era Enrique, pero cumplía con su número de focas, eh, lo hacía como nadie el maldito abuelo, se vestía como ellas y todo, con su traje negro de raso y un mostacho increíble de tres pelos largos y canosos, toda la vida había hecho lo mismo, pero Enrique era ya tan viejo que no había habido forma de convencerle de nada, y ahí seguía, eterno con su número de focas, y su manía de ponerse hasta las cejas de vino cuando terminaba la función. Yo tenía un sitio allí, importante, eh, porque cumplía como ninguno, y porque había nacido dentro del circo, y eso me daba el título de veterano, y nadie me podía hacer sombra, como no habláramos de Enrique, claro (pero Enrique no contaba), o del señor Talarico, que era el jefe, y lo había sido desde siempre. Al señor Talarico lo seguí siempre para aprender los secretos del oficio, porque yo sabía que era a mí a quien necesitaba transmitírselos, que el señor Talarico hablaba muy poco, o casi no hablaba en realidad, así que para poder aprender de él había que estarle pegado como una sombra, y luego tener ganas de seguirlo lentamente y tan pesado, con su paso de mastodonte necesario. Si salía al amanecer a revisar uno por uno los cables de contraviento, los tensores, las lonas viejas que amenazaban con morir un día y otro, pues yo lo seguía y miraba lo que él mirara, o echaba mano a lo que me pidiera, o intentaba adivinar lo que me iba a pedir, que era lo mejor. Si visitaba las jaulas de las fieras, si supervisaba un ensayo de las funambulistas, o el de los payasos, el que fuese, yo estaba siempre a su lado. Creo que nadie tuvo nunca duda de que yo sería su sucesor.

ni siquiera él mismo, me parece a mí. Aunque no me lo dijo nunca así tan claro, porque ya he dicho que el señor Talarico hablaba con morosidad, o mejor debo decir que no hablaba y le bastaba saber que todos lo entendían de lejos y sin argumentos.

Y eso fue lo malo del día en que apareció la Gata. Que yo estaba ya en el sitio, y el círculo se había cerrado, y no había cómo dejar que nada entrara, porque nada podía ser más importante. O sí, pensé yo. O tal vez lo pienso ahora que no está el señor Talarico, ni Márquez, ni las funambulistas, ni los cuidadores, ni el viejo borracho Enrique, para discutirme la mínima. El señor Talarico lo dijo una vez, una de las pocas que habló, fuera de aquí no hay nada, me lo dijo así, una tarde de lluvia



Santiago García Tirado



ANU GARCÍA TIRADO

de los ensayos, y algunos animales para colmo estaban soportando muy mal los calores de este año, o sea que corrí en cuatro direcciones a la vez, y en ninguna estuve concentrado porque mi cabeza se iba en las otras direcciones, y de alguna forma que ahora no entiendo me vi en el pasillo, hablando con Márquez, y Márquez diciéndome algo de las luces, que ya no recuerdo porque dejé de escuchar, fue cosa de un instante enorme, como un agujero negro en el tiempo, porque detrás de Márquez estaba la Gata, y cuando entró ella se apagó el vocerío, y las luces y Márquez, y fue sólo la Gata mirándome, y yo mirándola a ella, con su pelo castaño, y sus mejillas encendidas, jurándome toda una historia larga que ahora no podía contarle y sin embargo yo deseé, aun sin conocerla, hermosa la Gata, y de repente tan divina que no había forma de mirarla y creer que fuese humana. Luego el agujero negro se hizo tan grande como la pista, y ahí desapareció todo lo demás, el señor Talarico, las focas, los caballos, las siete filas de asientos, mis libros de cuentas y papá y mamá, por segunda vez. La seguí con la vista, busqué un sitio para ella que venía con dos niños de la mano, pero el agujero negro iba creciendo, y ahora era ya una boca inmensa, y yo miraba ahora más allá (pero no existía el más allá), y el agujero crecía a mi alrededor y se desparramaba entre el pasillo central y

Todo admite una explicación, pero sólo quien haya estado alguna vez cerca de la Gata podrá juzgarme con indulgencia.

muy fea con el cielo de cardamomo, fuera de aquí no hay nada, por eso la gente sueña con el circo, para olvidar el sitio donde viven. Luego lo dijo muchas más, pero como siempre decía las cosas que ya todos sabíamos, sin palabras. Bastaba verlo cuando la cara se le arrugaba mirando las colas inmensas en los días de estreno, con su aire descreído y como cansado de todo, hasta de sí mismo. Yo leía en sus ojos otra vez la frase, y fuera de aquí no hay nada, y entendía por qué papá y mamá siempre creyeron en él, hasta que se fueron en coche, y luego pasó toda aquella historia horrible que ahora no me apetece desmenuzar, pero que entendí bien, aunque sólo tenía doce años, y ahora cuento treinta y siete. O sea, que era verdad, y que mi sitio era ése, para siempre también.

Pero digo esto para que me entiendan, ya se sabe que las cosas pasan, y si sólo se ven desde fuera, tienen un eco muy lejano y muy frío, y se parecen tanto a las noticias de los periódicos que no resultan muy humanas. Todo admite una explicación, pero sólo quien haya estado alguna vez cerca de la Gata podrá juzgarme con indulgencia. Yo la vi sin querer, lo juro. O tal vez sí quise y mis ojos la buscaron sin confesar que lo hacían, como si el pecado anduviese ya creciendo por ahí dentro de mi cabeza. Debía haberme quedado ayudando en la taquilla al ver la avalancha de gente, pero enseguida me llamaron de dentro de la carpeta. En la arena, además, habían encontrado restos

todo lo iba engullendo, así que empecé a correr para que no se me cerrasen los ojos, y alguien me llamaba para decirme algo, pero no podía haber nada peor que dejar de ver a la Gata, me dije, no puede haber nada en el mundo más terrible que perder de vista esos ojos oscuros que me deben una historia, me dije. Y de pronto sólo escuchaba que un mastodonte me decía fuera de aquí no hay nada, y aunque no podía ver a nadie me insistía para que no tuviese ya duda alguna, nada, no hay nada, pero yo la había visto con mis propios ojos, y cómo admitir que no tenía importancia, la Gata, era la primera vez que alguien me había mirado así, y de golpe me habían nacido millones de preguntas, pero la voz me seguía, y yo empujaba a la gente que me impedía mirar más allá, así que no me quedé más remedio, y apagué la voz que me seguía porque ya me estaba haciendo daño. Así que rompí el agujero, y sin entender nada me encontré corriendo hacia afuera, y ya no oía a nadie, y caminaba por unas calles que nunca había visto antes, y que me aterraban. Por eso digo que no me gusta que me miren como a un extraño, porque yo no he hecho otra cosa que lo que debía.

así que díganme, por favor, si saben algo de la Gata, no puede ser que todos puedan, menos yo. Tengo que oír la historia de sus mejillas rosadas y esos ojos oscuros, aunque tenga que esperarla aquí al raso, con este viento frío que muere. Y la vida se me acabe. Esperando.

<http://santiago-tirado.blogspot.com> • <http://www.garciatirado.es>



Último libro del autor:

• Un preso que hablaba de Stanislavsky

Manolo se presenta

La doctora Noriega sugirió que lo apuntase todo en una libreta. Como tengo un día obediente, en ésas estoy. Bueno, dijo que debería apuntar lo que me quita el sueño, o me lo estropea. Yo protesté:

-Si apunto sólo lo malo será como si lo viviera dos veces al menos y, en cambio, si no escribo lo bueno no tendré donde mirar.

La discusión duró largo rato, pero estoy satisfecho porque al final la convencí, apunte usted lo que le plazca, señor Martínez, concedió. Sonó un poco estridente, casi como si más que consentir de buena gana se hubiera resignado, pero me encantó que me llamara señor Martínez, en lugar de Manolito, Manolete, Lolo, muchacho..., esas cosas que me llaman en La Estafeta. Buen comienzo, me dije.

debería aclarar que La Estafeta es el cibercafé donde trabajo, yo me encargo de que la parte técnica funcione. Cuando alguien dice que el e-mail no marcha, compruebo que le hayan dado al interruptor, que todos los cables estén conectados..., esas cosas.

No aseguraría si he contado lo de La Estafeta porque me satisface o porque me trae de cabeza. Es un lugar entretenido, desde luego. Lo que me descompones es que, a veces, aunque todos los cables estén bien conectados y le hayan dado al interruptor, la conexión no se consigue. En cualquier caso, cuando la psicóloga me preguntó por qué había decidido visitarla no lo mencioné.

-Me preocupa la coronilla, me estoy quedando calvo -admití, sobre todo porque no sabía cómo empezar.

Entonces me miró comprensivamente. A partir de ahí me cayó bien, ya me quedé tranquilo. Yo había solicitado un psiquiatra hombre. Y, mira, me la endilgaron a ella.

Cuando reconocí que no me salía novia, la mujer pensaría que ya sabía de qué pie calzaba yo. Vamos, sospecho que se precipitó, como a menudo le pasa a mi madre. Puso una expresión como diciéndose "Alrededor de treinta, sin novia y con calva incipiente, a ése lo conozco". Quizá por eso la sorprendí cuando proseguí con las verdaderas razones que me habían impulsado a visitar el centro psiquiátrico:

-Lo que más me preocupa -confesé- son las noticias. Leer el periódico es traumático. Además, como leo la versión digital y a cada rato cuelgan una nueva, sufro el día entero. Para colmo, tengo la costumbre de poner la radio tan pronto llego a casa... El mundo global me reconcome, no queda más remedio que enterarme de todo lo que pasa. Mi madre me espera con la bolsa de agua caliente, la cataplasma, la sopa reconfortante y demás pero todo en balde. Y luego están las noticias que me comentan los clientes, ¡bueno!

La doctora apuntó algo en su libreta y luego me miró casi con cariño:

-Simpatiza usted demasiado con las penurias que afectan a la gente...

Yo me había quedado algo colgado debatiendo conmigo mismo qué cuerno apuntaría la mujer sobre mí, si en realidad no sería una falta de educación apuntarlo en mi presencia, si debería comunicarle que me reservo la prerrogativa de leerlo, si la doctora se negaría, si en tal caso yo me rebelaría, si en consecuencia ella se enfadaría, si yo insistiría; si, si así fuera, ella me enviaría con viento fresco de Levante. Lo cierto es que no abrí la boca. Sin embargo, ella soltó:

-¿Decía?



Carmen Matutes

ahí francamente me quedé medio fuera de juego, algo me voceaba al oído que no nos entenderíamos, aunque no me atreví a expresarlo en voz alta. En cambio, repliqué:

-Lo que me desquicia es lo que no entiendo -igual capta la alusión, me dije esperanzado y además es cierto-. O sea, cada día ocurre algo que no me deja pegar ojo.

-Por ejemplo...

-Por ejemplo, ayer mismo. Llegó a La Estafeta un escocés amigo mío. Nos hicimos amigos el primer año que pasó sus vacaciones en España, y como viene a menudo... En fin, Iain, así se llama mi amigo, me contó que pocos días antes lo habían enchirornado en Edimburgo. Tuvo que pasar la noche en el calabozo porque se negó a pagar una multa de ochenta libras.

-Y, ¿qué hay de raro en ello?

-Lo raro es que le multaron. Él había bebido alguna copa después de la que debería haber sido la última y no se le ocurrió más que decirle a un señor que su caballo era gay. Inmediatamente se personó la policía.

O quizá el policía era quien montaba al caballo, no estoy seguro, Iain tiene un acento difícil, ¿sabe? Además, a menudo termina con un "if you see what I mean" que me deja perplejo, ¿cómo voy a ver lo que significa? Bueno, la cuestión es que le endosaron una multa. Iain se negó a pagar, opina que el caballo carece de sensibilidad para estos temas... He pasado la noche dando vueltas al asunto, preguntándome si quizá el policía consideró un insulto para el animal que lo tildaran de gay. Luego, me decía que eso no puede ser, ya en pleno siglo XXI. También se me pasó por la cabeza que, como Iain es tan grandullón, igual el otro se sintió amenazado, pero claro, enseguida lo descarté, nada más faltaría que por su tamaño lo multaran. Entonces deduje que igual se había dirigido al caballo sin permiso de su dueño. Pero también lo descarté. Iain conversó sólo con el propietario, o con quien quiera que paseara al animal. Entonces me pregunté si, caso de haberle anunciado al propietario que el caballo no era gay, también lo hubieran multado. Es decir, el hecho de mentir o haberse

equivocado quizá era la causa del problema. Y después ya empecé a desvariar, ¿hubiese ocurrido lo mismo si se hubiera tratado de un gato? Mi vecina tiene un hamster, pero he resuelto no experimentar.

La doctora aprobó mi decisión, experimentar causa angustia, asegura. Ella es como mi madre y me gusta, será por eso. Me gusta su tono maternal, y encima no es mi madre.

Estuvimos charlando sobre seguridad, sobre duda...

Al final la doctora intervino en un tono neutral, sin presuponer respuesta alguna.

-Dígame señor Martínez, ¿qué prefiere usted, charlar con alguien convencido de que sabe o con alguien que no tiene respuesta.

-¿Qué preguntas! Si lo supiera no estaría aquí.

Ahí la doctora se quedó mirando su nueva hoja blanco, como si dudara. Eso me desconcertó y me provocó una cierta ambivalencia: voy a la psicóloga para ganar seguridad y si no la tiene ella cómo la puede compartir. Sin embargo, me consolé; mejor verla dudar que soportar la pretensión de que me explique. Sobre todo, porque no sé si sabría. Sin embargo, al cabo de unos minutos el silencio me incomodó y confesé:

-A ver, los que están convencidos de lo que saben me dan miedo.

-¿Y los otros? -corrió ella.

-Los otros también, como el chiste de las cabras.

La doctora Noriega respiró hondo y después me salió por la tangente:

-Hábleme de su madre, señor Martínez. ¿Acaso lo sabe todo?

Y, cómo iba a saberlo yo?, pensé para mis adentros, pero solté:

-De potajes, más que nadie y de curas naturistas, también.

-Y, ¿le atemoriza a usted?

-Los potajes no, aunque, lo confieso, me aterrorizan las curas, en concreto, el desayuno de dientes de ajo. Ella insiste, limpian la sangre, hijo. Y le juro que la tengo reluciente, pero ella, erre que erre, Manolo, mañana haremos sábado, y ya no vivo hasta el domingo -y de repente recordé-. Mañana toca hacer sábado... A ver si sobrevivo...

Y sobreviví. La doctora se alegrará, al final congeniamos.



LEONARDO VINCI

Leer el periódico es traumático. Además, como leo la versión digital y a cada rato cuelgan una nueva, sufro el día entero. Para colmo, tengo la costumbre de poner la radio tan pronto llego a casa... El mundo global me reconcome, no queda más remedio que enterarme de todo lo que pasa.

<http://carmenmatutes.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- De Cháchara
- Andrea(s)



Los dos amigos

i Cuánto tiempo había transcurrido? Se sentó un momento en un banco. Algo oprimía su corazón. Se quitó el sombrero y lo dejó a un lado. No hacía calor, era una tarde fresca de verano, de finales de agosto. Su amigo siempre volvía por aquella época del año. Procuraban encontrarse aunque sólo fuera durante unas horas. No era fácil conseguirlo, porque regresaba sólo unos días y apenas tenía tiempo para ver a toda su familia.

Recordó la última vez. Fueron caminando hasta la bocana del puerto, se sentaron en uno de los bloques de piedra. También fue aquella una tarde plácida. El mar chasqueaba suavemente en las rocas mientras el sol se desvanecía con lentitud. Desde niños les había gustado sentarse al atardecer junto al mar. A veces no hablaban, sólo dejaban pasar el tiempo.

Aquel día observaron a los hombres que pescaban. No hablaban demasiado. Cuando se despidieron él supo que no se iban a ver al año siguiente, ni quizá al otro. Aquella vez, el amigo había decidido no regresar en mucho tiempo. Quería calmar el recuerdo, porque olvidar no era posible.

Hasta aquel día su amigo había desconocido el paradero de su padre. Se marchó a Francia un año antes de que terminara la guerra. Después, muchos regresaron, pero su padre no lo hizo. Los compañeros lo torturaban en el colegio cada día con la misma cantinela, le decían que se había buscado allí donde estuviera otra mujer y había formado una familia nueva. Él ardía de rabia y se lanzaba, con los puños al aire, contra los que le robaban su única esperanza, la de volver a abrazar a su padre.

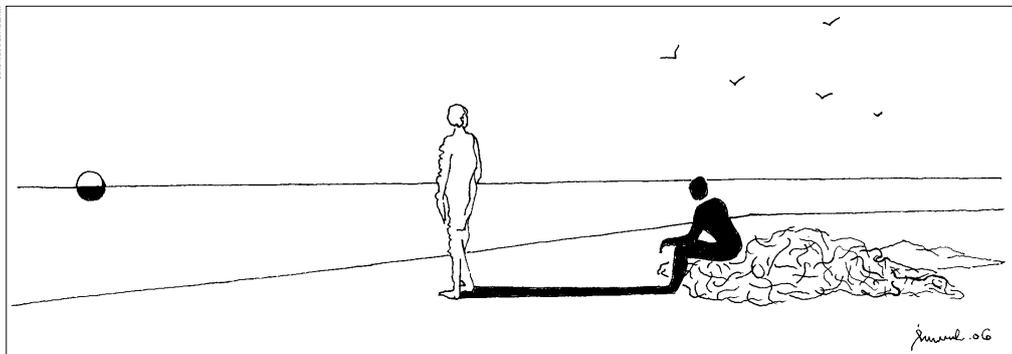
el maestro siempre acudía a separarlos, se lo llevaba a un lado y le curaba las heridas, porque era él solo contra todos. Su único amigo lloraba de impotencia mientras los demás lo sujetaban. El maestro le daba agua y guardaba silencio. Sólo cuando se calmaba un poco intentaba hablarle. “Tu padre no os ha olvidado, lo sé. Ha hecho lo que muchos, ha continuado su guerra al otro lado de la frontera. Es posible que ahora mismo esté herido o preso en un campo de concentración nazi. Lo conocí mucho. Confía en mí, tu padre nunca os abandonaría.”

El maestro estuvo casi dos años sin trabajar al acabar la guerra, pero después volvió, porque durante aquel tiempo la escuela estuvo cerrada. Cada mañana esperaba a los alumnos sentado en su mesa de madera, con la cabeza apoyada en la mano, los ojos cerrados. Con voz agotada iba respondiendo a cada alumno que entraba.

- Ave María Purísima.
- Sin pecado concebida.

Los pequeños se sentaban delante, los mayores detrás. Él y su amigo estaban en el centro, con los del nivel mediano. A veces, cuando el maestro pasaba por su lado, miraba un instante a su amigo, era para darle ánimos, para recordarle que no hay que dejarse derrotar.

Él, en cambio, estuvo siempre en el otro lado, era el hijo del alcalde. Su padre reprobaba aquella amistad, pero no le prestaba demasiada atención, estaba ocupado. Su cometido en el pueblo era administrar los almacenes de alimentos, los que luego se vendían a través de las cartillas de racionamiento. Pero no se repartía toda la comida a las tiendas. Había una parte importante que se vendía en el mercado negro. Su padre se enriqueció tanto que durante años tuvo que pensar en cómo ocultar el origen de aquella repentina riqueza.



Isabel María Abellán

En realidad los dos crecieron sin padre. El amigo esperando tener noticias del ausente y él, deslizándose como una sombra al lado del suyo, tan anónimo como si fuera huérfano.

hicieron juntos el servicio militar. Fue cuando se licenciaron cuando su amigo decidió marcharse a trabajar fuera. “La vida tiene que ser otra cosa”, le decía durante aquellos atardeceres junto al mar. “Al otro lado de la frontera la gente es diferente, estoy seguro. ¿Por qué no te vienes conmigo?”

Pensó hacerlo. Pero al final se quedó y se fue a la ciudad a estudiar derecho. Era lo que su padre había decidido.

El tiempo empezó a transcurrir. Los amigos mantenían una intensa correspondencia y, todos los veranos, por agosto, cuando él venía a ver a la familia, quedaban una tarde. Daban entonces un largo paseo que siempre terminaba en la bocana del puerto, su lugar predilecto desde la infancia. El tiempo no dejaba de avanzar pero para ellos se había detenido. Cuando volvían a encontrarse no se sentían extraños, era como si nunca hubieran estado separados. Reanudaban la conversación donde la habían dejado el año anterior. Ambos se acostumbraron a la distancia y durante el resto del año iban almacenando en su mente lo que luego cada uno le contaría al otro.

Un día, ocurrió algo que desbarató el pasado. En casa del alcalde se daba una fiesta. El hijo había terminado la carrera y en breve empezaría a ejercer como abogado. El padre comprendía ahora que aquel hijo iba a ser alguien importante. Estaba contento y tenía mucho dinero. Así que decidió no ocultar por más tiempo que nadaba en la abundancia. Hubo muchos invitados, vinieron algunas personalidades de la ciudad. Contrató los servicios de un restaurante y camareros vestidos de esmoquin sirvieron la cena. Cuando terminó la velada el padre abrazó a su hijo, había bebido mucho, le brillaba la mirada y se le trababa la lengua. “Ven”, le dijo. “Tengo algo que enseñarte”.

Lo llevó a su despacho, en el piso de arriba. Desde allí se escuchaba la música y el barullo de la fiesta. El padre cerró la puerta con llave. Se echó a reír. Estaba muy borracho. “Esto que te voy a enseñar es un secreto. Tiene que quedar entre tú y yo”.

Se acercó tambaleándose a su mesa. Con una llave diminuta abrió un cajón, extrajo de él un paquete de cartas atadas con un lazo. Las tiró sobre la mesa. “¿Sabes quién las escribió?” Se dejó caer en su sillón y empezó a reír de nuevo. El hijo, muy pálido, temblando como cuando era un

Hasta aquel día su amigo había desconocido el paradero de su padre. Se marchó a Francia un año antes de que terminara la guerra. Después, muchos regresaron, pero su padre no lo hizo. Los compañeros lo torturaban en el colegio cada día con la misma cantinela, le decían que se había buscado allí donde estuviera otra mujer y había formado una familia nueva.

niño pequeño y su padre lo llamaba a aquel despacho para reñirle, se acercó y cogió aquel paquete entre sus manos, le dio la vuelta y leyó el remite. Cerró los ojos. Recordó todas aquellas palizas en la escuela, las lágrimas de su amigo cuando le confesaba que a veces temía que los compañeros tuvieran razón, que fuera cierto que su padre los había abandonado. Recordó todos aquellos años. Salió de aquel despacho y abandonó su casa para siempre.

Recordaba ahora, sentado en el banco, aquel lejano verano. Mientras el agua se acercaba con la parsimonia de siempre a romper en las rocas, su amigo leyó todas aquellas cartas que nunca tuvieron respuesta, después lloró abrazado a él.

<http://isabellmabellan.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- El último invierno
- La línea del horizonte

El hombre de arena

hace ya quince minutos que debería haber pasado el autobús, pero nada, ni rastro, y con el atasco que hay terminará llegando tarde al trabajo otra vez. Hace un día horrible, está lloviendo y la gente se arrebujaba en sus abrigos y camina bajo sus paraguas. Cada vez que llueve el tráfico se pone imposible. El ayuntamiento nos dice que usemos el transporte público, pero el autobús no llega y yo tendré que gastarme el dinero en un taxi. Me indigno, y es que la vida en la ciudad cada vez es más desagradable. Cada uno va a lo suyo y todo son prisas, pero a mí cada vez me cuesta más llegar a tiempo al trabajo y es que los últimos meses han sido muy duros.

Creo que todo comenzó a complicarse justo después de las vacaciones de verano —Marcia y yo habíamos pasado una semana en Benidorm— Hacía pocos días que había vuelto a la oficina y cuando llego a casa por la tarde, al desnudarme, me encuentro los zapatos llenos de arena. Fue algo chocante. Volqué uno de ellos y vi como caía un hilillo de partículas amarillentas que se esparció por el suelo. Me acordé del verano, me puse las zapatillas y el pijama y me fui a cenar. Lo curioso fue que por la mañana también había arena entre las sábanas. Las sacudí y me metí en la ducha pensando que Marcia se pondría hecha una fiera cuando viera todo el suelo lleno de tierra. No es que este asunto tuviese importancia, pero lo cierto es que en pocos días me acostumbré a tener que vaciar mis zapatos unas cuantas veces al día. La notaba acumularse hasta que me molestaba para andar y entonces paraba y al volcar el calzado veía ese pequeño reguero de polvo dorado que caía al suelo. Fue por entonces cuando tuve la torticolis, una contractura que me dejó el cuello de una pieza y que aunque no era dolorosa me impedía moverlo. En el trabajo cada vez que quería mirar a alguien tenía que girar todo el cuerpo. Muy incómodo.

Ya no puedo esperar más, aunque el autobús apareciera en este mismo momento ya no llegaría a tiempo. Me alejo unos pasos de la parada y levanto el brazo para llamar a un taxi que veo acercarse, pero está ocupado y pasa a mi lado si detenerse ¡Maldita sea! Al momento veo otro pero ocurre lo mismo y me quedo con el brazo en alto como un pasmarote mientras que los de la parada me observan, seguramente alegrándose de que yo tampoco tenga escapatoria. Les miro de reojo ya que no puedo girar la cabeza y recuerdo el episodio de los brazos. Poco después de lo del cuello, fui notando como cada vez me costaba más doblarlos y estirarlos y en poco tiempo la rigidez fue extendiéndose hasta que las manos se me quedaron engarrotadas. Quizás lo más chocante fue el incidente del gato. Tenía a Michi sobre las piernas y lo acariciaba como todas las noches después de cenar y de pronto noto un crujido y veo como la cabeza le cae hacia a un lado. Intenté hacerlo reaccionar pero el animal estaba muerto: sin querer le había roto el cuello con mis zarpas. Menos mal que Marcia estaba a sus cosas y yo pude en un momento escabullirme, meterlo en una bolsa y aprovechar que bajaba la basura para dejarlo en el contenedor. Marcia lo echó a faltar al día siguiente pero terminé pensando que se había escapado. Pobre, cómo lloré por su querido gato. Por la mañana casi no tuve tiempo de pensar en el asunto hasta que después de almorzar, en el baño, me di cuenta de que no sólo tenía las manos rígidas, sino que algunos de los dedos estaban claramente petrificados, hechos de una piedra arenosa que si se rascaba un poco desprendía un polvo fino muy parecido al que aparecía en mis zapatos y en la cama. Sólo lograba moverlas con un gran esfuerzo. Era muy frustrante y me preocupé porque si seguía así terminaría por no poder manejar el ordenador de la oficina, aunque por ahora me apañaba utilizando un par de dedos.



José Melero Martín

Y aquí sigo con la mano alzada sin que nadie se digne a llevarme. No puedo llegar otra vez tarde al trabajo y, con este atasco, el autobús sigue sin aparecer. Veo que se acerca otro taxi pero, aunque el conductor cruza la mirada conmigo y va libre, tampoco se detiene. No puedo llegar tarde otra vez.

después de las manos, apenas hace unas semanas, fue el resto del cuerpo. Me sentía cada vez más rígido, curiosamente no me dolía nada, pero una mañana tras ducharme me vi reflejado en el espejo del baño y no pude evitar darme cuenta de que el proceso que había convertido mis brazos en piedra arenosa, se extendía irremisiblemente a lo largo del pecho y el vientre hasta llegar a las piernas que comenzaban a adquirir, igual que el resto, esa tex-



ANTONIO

En el baño, me di cuenta de que no sólo tenía las manos rígidas, sino que algunos de los dedos estaban claramente petrificados.

tura de sílice a la que ya me había acostumbrado. Por fortuna, cuando estaba vestido, casi no se notaba y lograba andar casi con naturalidad, lo malo era sentarse, ya que flexionar las rodillas requería cierta dosis de habilidad y esfuerzo que, sobre todo en el trabajo, tenía que disimular con sonrisas que después también tardaba en poder borrar del rostro. Sin embargo en los momentos en los que camino por la calle o estoy en la intimidad de mi casa, me doy cuenta de hasta dónde ha llegado mi rigidez, sobre todo por las noches en las que literalmente me dejo caer en la cama como un tronco ya que no me quedan fuerzas para doblar ni una sola articulación más. Marcia dice que me ve un poco tenso y que debería hacer algo de deporte.

parece que no es posible escapar de la trampa en la que estamos retenidos los que esperamos al autobús. La mayoría de los taxis van ocupados y los que no, siguen su camino. Veo como una señora mayor que lleva una niña pequeña agarrada de cada mano —seguramente sus nietas— se me acerca. Pienso que va a decirme algo, pero no hace más que quedarse parada delante de mí mientras las dos niñas me miran fijamente. Espero para ver qué quieren pero tan sólo se limitan a mirarme hasta que opto por ignorarlas: su impertinencia me parece increíble. Una de las niñas parece asustada, pero la otra se acerca a mí y me tira del pantalón. Yo no le hago ni caso intentando en vano que algún taxi se apiade de mí. Por fin la señora y las niñas siguen su camino y yo respiro aliviado y me indigno pensando en lo mal que educa la gente a sus hijos. Y es que este mundo va de mal en peor.

Después de que al resto del cuerpo le siguieran mis piernas, pasaron un par de cosas bastante desagradables casi simultáneamente. Una mañana al levantarme, mientras me aseaba, descubrí que no tenía las orejas en su sitio. Me alarmé mucho, volví corriendo al dormitorio intentando no despertar a Marcia y las encontré debajo de la

Marcia tardaría en darse cuenta ya que nuestra vida sexual tampoco es que fuese demasiado apasionada. Llegado el momento ya vería como salir del paso.

dos turistas japonesas se han detenido delante de mí y se me quedan mirando igual que la abuela y sus nietas. No les hago caso y sigo concentrado en el tráfico. Al cabo de un momento se me acerca una de ellas y la otra sin ni siquiera preguntarme nos hace una foto. Después cambian y es la fotógrafa la que posa junto a mí. Voy a decirles lo que se merecen pero antes de que tenga tiempo se agachan y dejan caer delante de mí en el suelo unas monedas antes de alejarse las dos juntas bajo un paraguas de plástico rosa. ¡Estúpidos extranjeros! En ese momento veo como se acerca por fin el autobús y en vista de mi fracaso me decido a sumarme de nuevo al grupo de los que esperan bajo la marquesina, pero el brazo que tengo levantado se niega a responder y permanece erguido sin que pueda remediarlo. Da igual, una vez dentro puedo utilizarlo para cogerme de la barra, pero mis piernas tampoco responden. La gente va subiendo al vehículo mientras yo sigo bajo la lluvia intentando moverme sin conseguirlo, sólo puedo mirar de reojo, pero el resto de mi cuerpo es como un bloque sólido. Las puertas se cierran y el transporte emprende su marcha mientras yo me quedo plantado con un brazo tieso y el maletín, que todavía contiene mis orejas y mi pene petrificados, en la otra mano. Al rato deja de llover. Se me posa un pájaro en un hombro. La gente circula a mi alrededor. De vez en cuando se forman corros y muchos se fotografían delante de mí. Las monedas van amontonándose a mis pies. Un perro se me acerca con aviesas intenciones. El tráfico decrece. Vuelve a llover y vuelve a escapar. Más fotos. Bromas de chicas guapas que intentan que reaccione sin conseguirlo. Atardece. Se hace de noche. La calle se vacía de gente. Marcia se va a poner hecha una fiera.

<http://josemelero.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- La soledad de húsar
- Los territorios del sueño
- Conflictividad y violencia en los centros escolares



Virgen salvaje

La claridad de la noche prestaba luz y vida a la monumental silueta femenina que ofrecíase a mis asombrados ojos: las protuberancias de su cuerpo quebradizo, la fiel relación de las partes con todo; o, preferentemente, de todo con las partes, el magnetismo sensual que desprendía...

Lo umbroso del lugar y el silencio reinante se constituyeron en aliados de la fantástica aparición.

Fue el calor pegajoso del atardecer, a buen seguro, el motivo que condujo a la mujer al riachuelo, que reflejaba el tono verdoso del follaje.

Dado el tinte de las hierbas cram-cram, altas y densas, se infería que atravesábamos una estación de lluvias.

Reverberaba la floresta en las aguas que, generosas, devolvían los contornos refrescados. Los cíñifos moteaban el espejo natural.

Al cabo de un rato, la ninfa de color azabache salió del estanque con el majestuoso andar de quien pisa hollando, esplendente y vigorosa. Su felina estampa estaba dotada de una expresión de rebosante fertilidad. No se le notaba ningún tatuaje o marca tribal. Aun reparando en el aspecto, costaba determinar su índole, acaso de proceder fetichista y sujeta a la idolatría de un dios pagano.

Cualquiera que fuese su idiosincrasia, refundía las características específicas de la raza negra, sus detalles étnicos.

tení el pelo escarbadado, en anillos apretados. La frente, proporcionada, presidía la pequeña y no demasiado ancha nariz; y la boca, por obra de los carnosos labios, ponía un cierre circunstancial a la simétrica dentadura de marfil. El alertado cuello permitía que la garganta se pronunciara, dando paso al torso. Dominando los pechos, rectos sin ostentación, los altivos pezones tendían muy ligeramente al costado respectivo, como si desearan alejarse y deshacer la intimidad; tal vez, ansiando liberarse de miradas procaces.

Pese al pigmento de la piel, hubiese sido incomparable modelo para una escultura de Clará Ayats; o para varias, porque dimanaba de ella la juventud, la serenidad y el reposo. Quiere decirse que reunía las tres nudas creaciones del artista.

A lo largo de la profesión, tuve la posibilidad y la fortuna de aprender a distinguir a los nativos del continente africano. Durante las exploraciones efectuadas en el desarrollo de estudios antropológicos, analicé en todas sus manifestaciones a las diversas mujeres atezadas.

Pasaron raudos por mi imaginación, en evocación cargada de comprensible libidinosidad, fragmentos de pretéritas aventuras: el bonito cabello de la hembra makere, los gruesos labios de la joven agoni y la serena belleza de una peul o de una bakongo, de correctas facciones ambas. Recordé el entusiasmo de la adolescente quipungo, inclinada a la profusión de adornos; y añoré el recreo cerca de la apasionada y temible zulú. Ello se da en el terreno extenso e inculdo de la selva; allí es posible convivir entre los sombas, siempre desnudos, o con los ashanti asentados en minas de oro y diamantes.

La indígena caminó unos metros para detenerse repentinamente. Se agachó en cuclillas, separando las rodillas y definiendo la intención de mear. Una sensación de urolagnia me dejó envarado.

Evacué la orina sin mirar al chorro que de su entrepierna brotaba. Apenas demostraba curiosidad al contemplar cómo el agua, amarillenta y tibia, empapaba un trozo de superficie. Mantuvo el tronco erguido y la



Álvaro Díaz Escobedo

cabeza elevada hacia las nubes que, gracias a los vientos alisios, a veces hacen pis.

Inmóvil, de cara al arroyo, su espalda imitaba una pista por la que deslizar la concupiscencia, desde la nuca al sacro o al revés.

Temblaba yo de gozo, trasañando recorrer, norte a sur de sus lomos, la sugerente hendidura que los diseñaba.

Apurando el tiempo, cuando terminó de orinar no se limpió. ¡Con qué satisfacción le hubiera prestado los dedos para secar la humedad de su sexo!

La negrita buscó dónde recostarse. Una capa de musgo verdiseco sirvió de improvisada cama; un tallo rebultado hizo de almohada.

Creí advertir que la tierra cedía bajo su peso; mas no existía contracción dolorosa de la misma, sino acomodo de matojos y brozas. En el desmadejamiento que va en pos del descanso, la abriguen adoptó una postura semejante a las crucifixiones: brazos abiertos y piernas cerradas.

Excitado y aturdido, vi que la flora recobraba savia. Parecía que la naturaleza se esforzara en cargar de contenido erótico al frondoso paraje. Por otro lado, la ausencia de aire consentía el sosiego absoluto de los elementos ambientales; solamente el rumor y el eco eran capaces de comunicar al escenario con el mundo exterior.

Resuelto a saborear el maravilloso espectáculo, a no perderme nada, tomé posiciones adelantadas.



Paul GUYON

Hallé sitio en un gigantesco limba que los años y la carcoma abatieron. Sentado sobre él, me conceptué privilegiado espectador. Lianas y raíces aéreas ocultaban a las plantas sin clorofila que, incapaces de utilizar la fuerza de los rayos solares, absorbían el alimento de otras. Mientras, algunos de los vegetales próximos habíanse convertido en falos y vulvas a punto de entrar en contacto.

Las retinas de mis ojos, dispuestas a usurpar lo que atisbasen, trasladaron el placer al resto de los sentidos. Y mis dientes se hicieron de crecimiento continuo, como los de ciertos lémmures de Madagascar.

el vuelo de los airones rayó el cielo de la selva tropical. Pero no estaba dispuesto a fijarme en bucólicas transparencias.

Consideré probable que los antepasados de la nativa fuesen presa de los piratas que antaño, surcando los mares, raptaban a las hembras jóvenes y las introducían en los burdeles de las ciudades o en el gineceo de un potentado.

Mas pudo ser la suya suerte aciaga derivada de inferioridad social, o de un presumible estado virginal, es decir, lo que entonces le ocurría a una kirdi: portando los alimentos

que poseía, pasaba a engrosar las riquezas del jefe de su tribu.

Se trataba de doncellas, negroides y esbeltas como las dinka, que acudían a cohabitar a la cabaña del poderoso señor, quien luego las reintegraba al origen familiar para que, ya educadas e instruidas en las faenas domésticas, creasen un hogar. El producto de esta arraigada costumbre reputábase bueno, si no fuera porque regresaban al poblado de procedencia con los atributos íntimos destrozados.

En verdad y a pesar de pasadas experiencias, mi ilustración era vaga en cuanto a la conducta sexual de los nativos del lugar, donde la mujer siempre representó un objeto que, cogiéndose fácilmente, se abandonaba enseguida.

no obstante la lejanía, aprecié que un bichito escalaba las immaculadas redondeces de la negrita. Daba la impresión de se hubiesen encontrado el cero y el infinito de la condición animal. Recorriendo centímetros de cutis anduvo el hemíptero, con evidente riesgo de perecer ahogado en los lagos de sudor de la exuberante hembra.

De resbalar atolondrado por el tobogán epidérmico, el insecto fue a parar al interior de los muslos femeninos. Y debió ser tan aparatosa la caída que la mujer lo acusó, despegando la entrepierna.

Intentar describir el monte de Venus de aquella pantera humana demandaba conocimientos de orogenia y zoología a la vez.

Padebí una morbosa envidia del bicho, que alardeaba de licencia para afincarse en la obscura epidermis y campar por ella al albedrío, perdiéndose en los entresijos, enredándose en la espesura del vello, intoxicándose con sus efluvios: el de los sobacos, el del canal que divide el seno, el del surco onfálico...

Invadido de ansia acaparadora, me pregunté mentalmente si la preciosa creatura dependería de más dueño que el entrometido e inoportuno artrópodo. Resistíame a admitir que mortal alguno tuviese la facultad de disfrutarla a voluntad.

estimé tener idéntico derecho que el irrelevante animalejo para deleitarme con la incomparable geografía: las curvas caderas, el bosque del pubis, la estepa del vientre o los altozanos del pecho. Lujurioso transitar de los sentados por aquel cuerpo incomparable, cruzando los túneles virginales para detenerme en el paso obstruido del ombligo, o estrellarme contra las pequeñas y umbrosas grutas de las axilas.

Pero se hizo todo apresurado y sucesivo: la boca, el cuello, los hombros... Me esforzaba en alcanzar mediante la imaginación lo que resultaba imposible de otro modo.

Y a falta de cintura que enlazar, perdiendo apoyo surgió el apretón, inesperado, al espinoso arbusto. Desestimando los pinchazos, dejé escapar ese clamor desgarrado que provoca la emisión seminal.

Fue el mío un rugido salvaje, que sorprendió e hizo saltar asustada a mi compañera de sueños. Se supone que también al insecto.

Agotado el éxtasis, los brazos flaquean y la virilidad decae aunque pretenda persistir. Así concluye la quimera que, en favor a los visionarios, ha maquinado el complot de Eros y Psique.

Acto personal e ingénito éste, propio del comportamiento del individuo desde niño. Al fin y a la postre, la masturbación cubre un camino a caballo entre el erotismo de un crío y la heterosexualidad del hombre adulto.

*Masturbatio, festivus ignis est.
(Masturbación, fuego de artificio es.)*

<http://diazescobedo.blogspot.com>



Último libro del autor:

• *Esencia de mujer*

Antonio Gómez Rufo

“ En El señor de Cheshire se habla de la soledad ”

Tras ganar el Premio Fernando Lara, Antonio Gómez Rufo ha sido el ganador del II Premio de Novela Ciudad Ducal de Loeches, convocado por GESTESA y Ediciones Irreverentes, que en su primera edición ganó Francisco Nieva. El señor de Cheshire publicada por Ediciones Irreverentes, transcurre a comienzos del S.XX, en Inglaterra. Dogson, sobrino de Lewis Carroll, siente un excesivo amor por las niñas, lo cual le ha llevado a la cárcel. Allí pide por carta a un noble aburrido que le haga un gran favor; que le envíe una muñeca articulada con la forma exacta de una bella mujer para paliar su soledad.

Por qué está dedicado El señor de Cheshire a Luis García Berlanga? Durante muchos años hemos compartido aficiones culturales y una determinada concepción del mundo que fundamentan de manera esencial esta novela. Entre ellos la reivindicación del erotismo como cultura y el respeto a algo tan irrenunciable que tiene cada vez menos valor: la libertad. He dedicado, además, mi novela a Luis García Berlanga, porque fue él quien me contó esta historia, la de un preso que pidió que le enviaran a la cárcel un maniquí de una mujer para no estar solo. Debo a Berlanga la idea de la que nace esta novela y quiero que quede relacionado para siempre con El señor de Cheshire

¿Qué significa que sea un divertimento literario?

Un divertimento es una obra literaria de carácter ligero cuya finalidad es sólo divertir. Y eso es, exactamente, «El señor de Cheshire».

Pero no es sólo una comedia con contenido erótico. Es algo más. En “El señor de Cheshire”, como en toda mi obra, de lo que se habla en realidad es de la soledad, del intento del hombre de pasar acompañado por este camino que es la vida.

¿Transgredir produce un placer especial?

A mí no me excita nada la prohibición. Estoy en contra de casi todas las prohibiciones; en ese sentido me considero un hombre de la Ilustración, un kantiano en el siglo XXI. Puede que a alguien le produzca morbo la prohibición, pero no a mí. Transgredir es otra cosa: es saltarse de la moral de los tiempos que se viven, adelantándose a ellos; sobrepasar la hipocresía, atreverse a pensar y a actuar, rechazar el concepto de perversión cuando se trata

de comportamientos sexuales. Nos están robando la cualidad de seres libres; al menos que no nos quiten también la de seres eróticos.

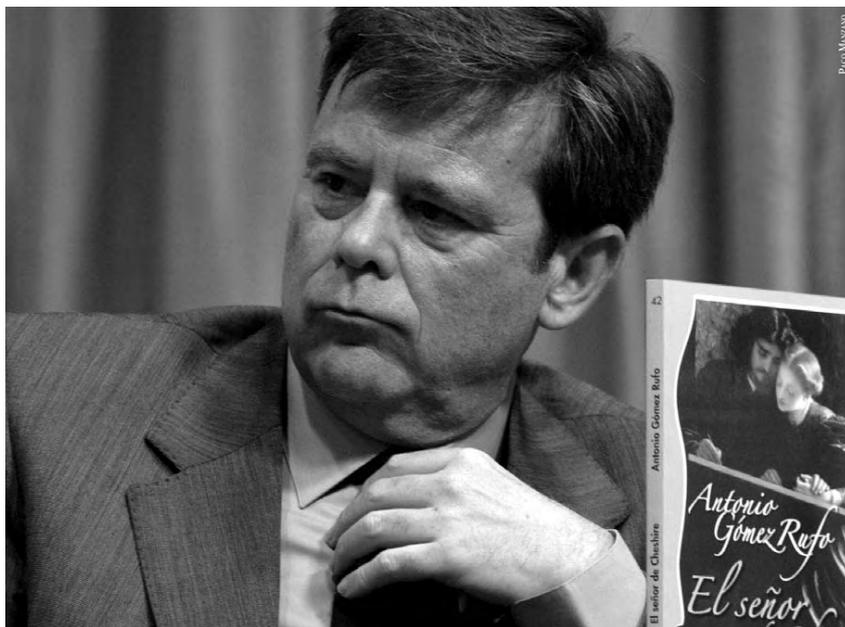
¿Es importante ganar un premio como el Ciudad Ducal de Loeches tras Francisco Nieva?

Colma mis satisfacciones literarias recibir este premio por el gran nivel de los finalistas, lo cual da más importancia a mi obra. En España se han publicado el año pasado 82.000 títulos y sin embargo somos el país en el que menos se lee de Europa junto a Portugal, por lo que tenemos que agradecer a las empresas que patrocinan la cultura que permitan que se mantenga viva esta relación de amor que es escribir; amor entre el lector y la obra. Con un solo lector que tengamos, el esfuerzo de escribir una novela ya ha merecido la pena

EL SECRETO DEL REY CAUTIVO

Anteriormente había ganado el Premio Fernando Lara con “El secreto del rey cautivo”, ambientada en la resistencia española a la invasión francesa. ¿Qué le impulsó a escribirla?

Me incitó la invasión ilegítima e inmoral que Estados Unidos había perpetrado en Irak. Es curioso como los políticos y los medios de comunicación usan conceptos como heroicidad y traición: depende de quien venza. Quienes ganan las guerras son héroes, la resistencia, patriotas... Los que pierden, en cambio, son terroristas, bandidos, bandoleros... En Irak los patriotas son llamados terroristas. La Guerra de la Independencia de España, los sucesos del Dos de Mayo, convirtieron en héroes a quienes, de haber sido derrotados, habrían sido considerados terroristas. Drake fue un héroe para la reina de Inglaterra, por defender sus intereses, y un asesino para los españoles.



“ No es sólo una comedia con contenido erótico ”

El secreto del rey cautivo trata del levantamiento de los españoles el 2 de Mayo de 1808, contra las tropas napoleónicas, narrado a través de la historia de una partida de guerrilleros

Es una novela de héroes y antihéroes. Son héroes, los que lucharon por la independencia de España; y entre los antihéroes está José Bonaparte, que a mi juicio fue un buen rey que intentó sin éxito reinar en España, pero los ciudadanos y sus propios mariscales y gene-

rales no se lo permitieron... ni su propia pusilanimidad. Pepe Botella introdujo muchísimas mejoras en la agricultura, la policía, las aduanas o en la administración de instituciones culturales. Fue un rey bienintencionado que quiso modernizar España e introducir los ideales de la revolución francesa, pero no le dejaron.

Como máximo traidor, en una novela ambientada en el S.XIX debe aparecer Fernando VII, quizá el rey más indigno de nuestra historia.

Fernando VII fue un doble traidor. Traicionó a los españoles que arriesgaron su vida por él y traicionó la Constitución de Cádiz, la más liberal de Europa en aquella época. Fernando VII hizo un ensayo general de la traición el día del motín de Aranjuez, que él mismo organizó. Incluso hizo abdicar a su padre. Fue un rey traidor.

Anteriormente, publicó la novela “Adiós a los hombres”. ¿Es usted seguidista en cuestiones amorosas?

Creo en el amor eterno, pero aún no lo he conocido. El único soporte que hace el amor duradero es la amistad, la complicidad y la lealtad.

Tanto en “Adiós a los hombres como en su relato publicado recientemente en “Pasiones fugaces”, (Ediciones Irreverentes) el amor y el placer están estrechamente relacionados con la muerte.

En la pasión no hay límites. Los franceses al acto más intenso del amor lo llaman la *petit morte* (la pequeña muerte). En España es un concepto que no se acaba de entender porque somos unos paletos. La *petit morte* es ese orgasmo que te recorre la columna vertebral y te hace perder el sentido. Hay chicas que se desmayan, incluso.



Historia Sagrada: la mística porno

el erotismo tiende a ascender a la superficie con la presteza de un corcho o un balón relleno de aire; se intentó ocultarlo debajo, y la consecuencia fue que la Mística y la propia Historia Sagrada se tiñeron de sexo bravo, que comenzó a rezumar en algunas ideas de la Biblia, de los padres de la Iglesia, los santos y los religiosos.

Porque...¿Cómo interpretar el Cantar de los Cantares, socio de pleno derecho del Antiguo Testamento que parece haberse pasado al sector de la pornografía?

“A mi yegua, entre los carros de faraón, yo te comparo, amada mía...” (1,9)
 “...y el Pendón que enarbola sobre mí es Amor.” (2,4)

“Mi amado metió la mano por la hendedura; y por él se estremecieron mis entrañas.” (5,4)

“Tenemos una hermana pequeña: no tiene pechos todavía.” (epigrama final)

Primero se interpretó como expresión del amor de Dios por el pueblo de Israel, más tarde, a partir de Orígenes, la alegoría se aplica a las bodas de Cristo con la Iglesia, o bien a la unión mística del alma con Dios. Otros exegetas posteriores opinaron que, a la vista del rotundo texto, lo que afirmaba Orígenes no se lo podía creer una madre (eso sí, lo dijeron de forma mucho más concienzuda, sutil y delicada), y que lo que había en el Cantar de los Cantares no era otra cosa que poesía erótica referida a la fiestas profanas del matrimonio.

Pues, como hizo notar Voltaire, si bien podemos entender que Dios ame a su Iglesia, impresionante el detalle de la hendedura, y, sobre todo, es muy raro que se fije en que la hermana de la Iglesia no tenga pechos todavía.

de hecho la propia Biblia planteó desde muy pronto el problema de la sexualidad de los dioses. Los dioses en plural, pues la sospecha de una muchedumbre divina no era ninguna novedad a la altura del Levítico; ya en Génesis 6,1 se constata una alusión inquietante, tanto en lo referente a la multiplicidad de seres divinos como en lo relativo a sus intenciones: “Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijos, vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron de entre ellas las que preferían.”

La referencia a la relación entre dioses y humanos es algo citado en muchas religiones antiguas; no hay, pues, que escandalizarse de ello, antes bien, por el contrario, debe ser un motivo de alegría, ya que se trata de la marca de la grandeza y del destino, de la señal del semidios: muchos héroes de la Antigüedad, en mil culturas, dicen descender de la unión de los dioses y los hombres. Las Sagradas Escrituras se limitan aquí, a estar en línea, no fuera a parecer que sus dioses eran menos espabilados que la competencia.

Si los propios dioses de las Escrituras y de la Mitología andaban con tales lios de alcoba, no es de extrañar que el personal subalterno, la clase de tropa angelical y diabólica, sufriese todo tipo de problemas, incluso vejaciones, en el despliegue de sus confusas características corpóreas. Es el caso de los incidentes de Sodoma.

Dos ángeles del Señor bajan a Sodoma buscando diez hombres justos, cuota mínima fijada por Yahvé para indultar a esa perversa ciudad. Los ángeles llegan por la tarde y el jus-



Rafael Domínguez

to Lot los aloja en su casa, pero se preparaba una noche movida, si hemos de creer a Génesis 19,4:

“No bien se habían acostado, cuando los hombres de la ciudad, los sodomitas, rodearon la casa desde el mozo hasta el viejo, todo el pueblo sin excepción. Llamaron a voces a Lot y le dijeron: ¿Dónde están los hombres que han venido donde ti esta noche? Sácalos para que abusemos de ellos.”

Con seguridad que esos ángeles enfrentados a las más crueles y quizá prometedoras vejaciones no se encontraban a sus anchas...sin embargo, el Diablo, corrompido y obsceno, sí debía de estar a gusto en las más lúbricas páginas de Play Boy. El cristianismo hereda con incubos y súcubos la tradición pagana atribuida a dioses subalternos y demonios. Los griegos llamaban incubo al demonio saltador o invasor que acomete o se abalanza sobre alguno. Súcubo es lo mismo que incubo con la diferencia del sub: estar debajo de otro, no encima...incluso en el mundo de los diablos tenían que respetar los usos y posturas clásicas del matrimonio cristiano.

San Gregorio de Tours relata una historia de incubos referida a su propia madre, a la que atacó un demonio por la noche, inmovilizándola con su sofocante peso de espíritu etéreo (¿), hasta que al grito de ¡Santa María ayúdame! apareció – siempre según el Santo – el ángel custodio que, en plan Rambo, derribó al demonio al suelo, haciendo temblar toda la casa. Llegó la servidumbre y la señora les refirió el sucedido y como se había librado por los pelos de resultar incubada.

el mundo de los incubos, según relatan las actas de la propia Inquisición, se desarrolló en los ambientes nocturnos de los conventos unisexo, donde el pecado solitario acechaba a todas aquellas jovencitas casadas con Dios: en la terrible soledad de la celda, aquellas robinsonas de la cama, plantada como una isla sin Viernes en el centro de la celda, reprimían a duras penas sus fantasías pero, cuando dormían, el subconsciente volvía a la carga. Según Bayle, “las religiosas devotas, atribuyen a la malicia de Satanás los malos pensamientos que les ocurren, y si observan cierta tenacidad o insistencia en sus sensaciones se imaginan que el infernal tentador las persigue más de cerca, que las asedia, que se apodera en fin de sus cuerpos.”

¿Produce placer el fornicio con un demonio? Cuestión de interés para los amantes de emociones fuertes, una especie de “punting” teológico. Se conocen casos en que ha llegado a darse costumbre, querencia e, incluso, refocile, como el relatado por Juan Wier, sobre una joven religiosa llamada Gertrudis que dormía todas las noches con Satanás en persona; este se había hecho amar por ella de tal manera, que la niña le escribía tiernas cartas de amor con todo tipo de detalles alusivos. En un registro de la abadía de Nazaret, cerca de Colonia, que tuvo lugar el 25 de marzo de 1565, se descubrió una de estas cartas.

en 1545, una abadesa española, Magdalena de la Cruz, fue a echarse a los pies del Papa Paulo III, pidiéndole la absolución por el hecho de haberse sacrificado desde la edad de doce años a un espíritu maligno, en forma de moro negro, relación que había mantenido durante treinta años, ya que, color aparte, el incubo estaba mollar. El Papa, apreciando el valor de su

arrepentimiento (treinta años, aunque sea con el mismo incubo, deben tirar mucho) le concedió la absolución.

Se han dado muchos mas relatos de este tipo, y también mucho más recientes. Pero, como investigadores de nuestro tiempo, la pregunta crucial que debería responderse es si, en la actualidad, existe riesgo o quien sabe si esperanza de mantener un lance con el diablo. Ello solo sería posible si el diablo efectivamente existe, cuestión que debe aclararnos la doctrina de la Iglesia:

En este sentido, el teólogo Rahner, uno de los soportes intelectuales del sistema, ha escrito lo siguiente: “...hemos de sostener que la existencia de ángeles y demonios también está afirmada en la Escritura, de tal modo que no constituye una mera hipótesis...que nosotros pudiéramos abandonar en la actualidad.”



pero Rahner escribió esto hace tres décadas, por tanto, antes de la oveja Dolly y de la debacle del Real Madrid, así que era necesario encontrar una fuente rabiosamente actual, algo de este mismo milenio. El documento “Teología y secularización en España”, Instrucción Pastoral dada en Madrid a 30 de marzo del 2006, en su punto 41, afirma lo siguiente: “ Cuando se siembran dudas y errores respecto a la fe de la Iglesia en la venida del Señor en gloria al final de los tiempos (Parusía), la resurrección de la carne, el juicio particular y final, el Purgatorio, la posibilidad real de condenación eterna (Infierno) o la Bienaventuranza eterna (Cielo) se debilita gravemente la vida cristiana de los que aún peregrinamos por este mundo... y se cae en la tristeza de los que no tienen esperanza.”

Existe pues el Infierno, y todas las posibilidades quedan abiertas.

<http://rafaeldominguez.blogspot.com/>



Últimos libros del autor:

- Historias extremas de América
- Historias del sexo prohibido
- Estructura social española
- Las excursiones americanas de los españoles

Casimiro

Casimiro olisqueaba el aire como un sabueso; después meneaba sus bigotillos, ya canosos, mientras se ponía a andar pausadamente, como con reparo, mirando hacia un lado y hacia otro con el raballo de los ojos, tímido, inseguro y tarugo. Casimiro era un hombre precavido pero campechano. De repente, se paraba en seco como los perros de caza cuando te topan con el alebrado conejo, clavaba su mirada en el infinito mientras las pupilas se le derretían al sol mañanero, al tiempo que rezaba una oración ininteligible, una plegaria lanzada al aire, sin orden ni concierto. Y así todos los días al salir de casa, calle abajo, pitillo en mano, la boina escurrida a punto de caérsele al suelo, y aquella raída y obsoleta americana de tergal; pantalones a juego y botas abiertas en la puntera, para transpirar mejor..., o tal vez porque era el único par de botas que poseía.

Alguna que otra vez se rascaba la cabeza, al parecer con la intención de cavilar sobre los avatares de su existencia, o quizá por culpa de la soriasis que le carcomía el poco cuero cabelludo que le quedaba. Y cuando se cansaba de rascarse la chola, se rascaba los huecos objetando algo al aire, en una animada charla consigo mismo. Porque a Casimiro ni dios le prestaba atención, excepto los críos, a modo de chivo expiatorio.

Casimiro no tenía madre ni padre ni mujer ni hijos. Por no tener, no tenía ni perro. Lo cierto era que el pazguato de Casimiro se hallaba solo en el mundo. Aunque a él eso parecía importarle un bledo, y se reía con la gracia del tarugo, feliz y despreocupado: Boca torcida, estalagmita de baba amenazando desprendimiento. Así era Casimiro, un ser entrañable y lerdo. Siempre apareciendo, como por ensalmo, en las manifestaciones sociales más atávicas de la villa, pegado al palco y bailando todo lo que se le terciase, hasta la última tonada. Alegre y dicharachero, sufragado habitualmente por el desaprensivo de turno, dispuesto a echar el rato desternillándose de risa a costa del tonto del pueblo. Y barato que resultaba: Unas cuantas copas de orujo, dos palmaditas en la espalda y Casimiro se ponía a mover el esqueleto como si le hubieran metido por el culo un par de pilas alcalinas. Casi nunca defraudaba. Y así ganaba su sueldo. Sus contoneos, a lo Elvis, eran de sobra conocidos en toda la comarca. Todo un portento de grotesca agilidad.

El paroxismo de auténtico showman, acaparando el zum de la televisión local, lo alcanzó una noche de romería en la que, después de encaramarse en el palco y sortear al guitarrista, trompetista y solista, por ese riguroso orden, se asió cual endemoniado a la pandereta, que no soltó ni a sol ni a sombra hasta que le hubieron prometido un minuto de gloria, que fue festejado por todos los concurrentes con los aplausos pertinentes.

Un payaso, decían unos; un genio, replicaban los otros; un pobre diablo, pensaba la mayoría. Casimiro, gahnápiro y "tajado", parecía obviar cualquier tipo de consideración que fuera más allá del "alpiste" y los decibelios, en aquellos sublimes instantes en los que acaparaba la atención de la concurrencia tocando la pandereta, al tiempo que desgarraba el aire con las estridencias de sus decauperadas cuerdas vocales.

hombre poco exigente, había aprendido a vivir del aire sin pedir nada a cambio. Esa era la vida que él había elegido, su vida, libre y sin cortapisas, la vida en un paria que había optado por la quebradiza senda de la contingencia y



José Antonio Rey

la fatalidad, la aventura de no ser nadie en un lugar donde no existe el anonimato, el despropósito de caminar en el día a día renunciando a todo lo que los demás seres normales sacralizan: Una nómina, una hipoteca, un plan de pensiones, las facturas de la funeraria y las vacaciones en Ibiza.

Casimiro se enorgullecía de ello, porque no era el clásico desgraciado, ni tan siquiera un chiquilicuatro en sentido estricto, era un nihilista lastrado por el espíritu indómito del tintorro embalado en tetra-brik, un librepensador que jamás pretendió comerse el mundo, un autodidacta inmune al cicatero virus del capitalismo y la subsecuente apropiación indebida. Jamás pretendió ir más allá de sus necesidades más primarias. En este sentido, Casimiro era un verdadero conformista, feliz como Dios lo había echado al mundo.

Nadie osaba molestarlo, pues era una auténtica institución en la villa y nadie, en su sano juicio, hubiera puesto en duda la función social que cumplía aquel monstruo del entretenimiento y del absurdo. Animador sociocultural y mascota a precio de saldo, Casimiro, un auténtico símbolo, santo y seña de un modus vivendi a punto de sucumbir al encanto espurio de la aldea global, una forma de ver la existencia, acaso arcaica y trasnochada pero todavía vigente, viva, una cultura a punto de extinguirse, que sin embargo aún poseía su encanto, el encanto de la obstinación y de la añoranza, la marginalidad de un pasado que se resiste a desaparecer por completo.

¡Casimiro: Genio y figura!

Inopinadamente, el tonto más tonto del pueblo desapareció un buen día sin dejar rastro. Pasaron días y días sin que se nadie captara el inconfundible tufo que iba dejando por todos lados. ¡Como si se lo había tragado la tierra! Y aquella era una circunstancia extraña: Inusitada.

Lógicamente, todo el pueblo se preocupó. Casimiro el loco, Casimiro el lelo, Casimiro el pelanas se había esfumado. El pueblo había perdido uno de sus estandartes, un símbolo acaso vilipendiado y nunca suficientemente reconocido, pero estandarte al fin y al cabo, santo y seña de un tiempo y de una filosofía de vida.

Una semana más tarde, apareció su cuerpo medio descompuesto flotando en el agua, cinco kilómetros río abajo, abotargado y boca arriba, en uno de los amplios meandros que delinea el cauce en su discurrir pausado hacia el océano. El rostro sereno, la esperanza perdida. Como de costumbre, Casimiro había vuelto a hacer lo que le había venido en gana. El tonto del pueblo había muerto tal y como había vivido.

Un análisis pormenorizado de sus pertenencias, permitió comprobar que en uno de sus bolsillos había cupón de la ONCE arrugado, casi ininteligible, cuyo número y serie (se comprobaría con posterioridad) coincidían con el boleto premiado de la semana anterior, al cual le correspondía la nada despreciable cantidad de millón y medio de euros. Falta por saber si el bueno de Casimiro estaba al tanto de la suerte que llevaba consigo en el momento del accidente... O tal vez esa fuera la causa del mismo... ¡Quién sabe! ¡Ya da lo mismo! Lo único verdaderamente cierto era que el pueblo se había quedado huérfano; su vecino, si no el más ilustre, sí al menos más jocosos y pintorero, había pasado a mejor vida.

El pueblo nunca más volvió a ser el que había sido. Poco a poco fue languideciendo y desmoronándose como un terrón de azúcar en



Casimiro el loco, Casimiro el lelo, se había esfumado. El pueblo había perdido uno de sus estandartes.

una taza de café hirviendo. El éxodo rural se llevó a los más aptos, jóvenes y emprendedores, dejando anclados en el pasado a los conformistas, los pusilánimes y los ancianos. Ley de vida.

En la actualidad, Valdezorras es uno de tantos pueblos fantasmas de la geografía ibérica, un pueblo anegado en la decrepitud y el olvido. Si algún día pasáis por la Nacional 660, a la altura del kilómetro 75 en dirección hacia la capital del reino, detened el coche, no tengáis tanta prisa, paraos un momento, sólo unos minutos, seguid el vericuetto, aun visible, que conduce al pueblo, y dad una vuelta por sus estrechas callejuelas, antaño vivas y hoy solitarias y tristes; empaños de la historia impresa en los restos de sus fachadas, ayer enjalbegadas y ahora sucias y mohosas, de su plaza porticada, de su castillo medieval devastado, de su iglesia, en la que algunas jambas y capiteles desafían con soberbia la tiranía del tiempo...; el campanario de la iglesia, del que todavía pende una campana que ya nadie va a tañer ni volverá a repicar nunca, y sobre el campanario un nido desmadrado de cigüeñas sin polluelos, un crucifijo herrumbroso, un esqueleto en forma de ojiva cuyos plementos se desparraman por el suelo de un lugar que, no hace mucho tiempo, fue un lugar sagrado; tal vez lo siga siendo... Y si aún os quedan fuerzas, voluntad y tiempo, llegaos hasta el cementerio, situado justo detrás de la iglesia, a punto de derrumbarse definitivamente. Al final del mismo, a mano derecha, veréis una tumba rota, en cuya lápida encontraréis un viejo epitafio que reza como sigue:

"Aquí yace el indigente Casimiro, que ha muerto de la misma forma que ha vivido: Feliz y solitario. Descansen en paz."

<http://jose-antonio-rey.blogspot.com>



Último libro del autor:

• Un instituto con vistas



Al son del alma

Ua con mortaja el crepúsculo y las tinieblas vuelven difunto al Astro Sol. Se esfuma lento. El humo de los tubos de escape circulatorio vial contamina el aire, flotando sobre los viejos tejados del antiguo Madrid. Transforma, el cielo en nubes grises de algodón plomizo. Cubre toda la ciudad, sus orlas crepusculares vertiginosas conquistan todo lo que van encontrando a su paso por encima de los rascacielos. Es Diciembre por los Madriles.

Es difícil encontrar el destino. Seguir tortuosos caminos de cemento y hormigón. Aprender a soñar y dibujar rincones de remansos azules cielo, de gran tranquilidad. Prender dentro del alma, lo auténtico y humilde. Llenar de paz absoluta la mente. Son tiempos intempestivos y complicados. La trinchera de los sueños, salvaguarda mis emociones.

No recuerdo las primeras luces, cuando vine al Mundo. Tampoco; mis primeras palabras, el primer beso de mamá y menos el de mi padre. Sí, sus broncas patriarcales, por tenerme más tieso que una buena vara de medir. Y, por fin llegué, a la adolescencia.

Transporto una vida extraña e inexistente por muchos defectos y alguna virtud que otra. Pero, es irreplicable. Soy una pieza más en el complicado engranaje físico y mental por una supervivencia digna.

buscar e ir tirando es sencillo, ser feliz ya es otra cuestión. Para escudriñar y llegar al mar de la felicidad; aparte de la suerte, firmeza y buena voluntad junto con las mediciones ajenas que siempre te echan esa mano que necesitas, hace falta toda la suerte del mundo y desnudarme ante la derrota de la humildad. Llegar muy por delante de todo lo que veo, y observar sin pasar del límite establecido por una sociedad hipócrita mogollón a todas luces. Tengo que aprender a nadar por aguas bravas sin salvavidas, sin que nadie te lance la mano o ese cabo para sacarte, una vez más, de la inexistencia opaca e infeliz. La vida es un océano lleno de deseos y bajas pasiones, que nos enseña a navegar por un Mar de sufrimientos.

Abro mi cuaderno personal de bitácora diario. Oriente la singladura cotidiana. Marco rumbos, entre las brumas existenciales por una quietud; revuelta e inquieta. Surco las olas de lágrimas por salinas encebolladas. Unas veces reposado y las que más, enfurecido.

Suelo reposar, después de las tormentas psicológicas, a buen recaudo por el hogar en soledad absoluta de monasterio privado. Evito los malos rollos con los sueños que, relajan la paz de mi espíritu. Aspiro olores urbanos. Sabor y Sinsabores de las inmensidades mentales de los demás. Por Mayo cuando cae la lluvia, a través de los cristales del salón, añoro bellas islas y oasis misteriosos. Enjambrado de tesoros emocionales, que resaltan a mis ojos. Bellas amazonas desnudas a la grupa de caballos de oro y diamantes que luchan; por elementos insustituibles de vida y muerte.

después llegan los huracanes existenciales de la cruel realidad vital. La cotidianidad de la lucha por una digna supervivencia. Tifones de inquietudes, entrelazan sus redes de argamasa para fundir todo a su paso. Riesgos individuales y colectivos, historias desgarradoras, hacen su revuelto de ajetes mentales.

Descubro la dura y verdadera realidad. Paso los días, y sus noches lentamente muy inquieto. Mientras, mezo y mezo; las juncias y mentas del



Guillermo Sastre



Guillermo Sastre

cerebro por sueños irrepetibles. La vida continuara, a pesar de todo, hasta que me vaya al infinito, el día de mi destino final. Porque yo no perduraré, eternamente y dejaré de ver la realidad cuando llegué al último tren; Las cerezas en Flor del Valle del Jerte, tan resplandecientes y misteriosas al ocaso de la tarde, desbordando toda su belleza del blanco puro e inmaculado que, atrapan las retinas de; soñadores y enamorados melancólicos.

también la feria de Sevilla sobrevivirá a todo. Hasta que el Mundo exista. Tan aclamada y rebosante de sevillanas guapas, yendo a la Fiesta de Abril; subidas en calesas o encaramadas a la grupa de hermosos caballos. Relimpas a rabiarse y más guapas que el jaspé. Sus aires de harturas a los deseos pasionales de las miradas. En su pelo; rosas ponientes y grana, sujetan con alfileres verde pino sus cabellos, mientras lanzan sus caricias con la mirada a la multitud excitada.

*Qué bonita va la chica
Regalando todas sus ganas
Es la Feria, es del mundo
es
Sevilla en volandas.*

*¡Ole, Ole y OLE! Los pipros frescos
Cuando saben a tus besos
Sin zarzas*

Hace tiempo que no me pego un homenaje por las sendas lujuriosas de la noche madrileña. Ya no martirizo la mente como antaño, llenándola de cubatas de ron negrita, hoy por hoy mi boca huele, a: café, coca-cola, chicle de menta y sabor de tabaco lighth; murió el agobio, es mejor martirizarlo, deje atrás las prisas hace tiempo, voy con sumo cuidado, mimo la salud al máximo para no tropezar por baches sangrientos por la mente, no quiero parecer un ciego, que tantea obstáculos inspirando pena y cariño que nunca recibió a su tiempo, tengo los ojos limpios muy blancos de leche, ya no los lacro con unas putas gafas de sol para tapan los colores rojizos etílicos, ahora veo bien el camino en mis retinas sin ayuda de nadie.

Tantas noches en vela, por garitos de bote en bote, entre viles áspides venenosos ausentados de honradez; la noche Madrileña requiere mucho cuidado.

Algún día tenía que volver a mí, la seguridad que da el sosiego, sin dar la espalda a la vida

Las horas se hacen eternas. Largas soledades trenzan sinfonías dentro de esta alma podrida. Las agujas de hielo inexistente clavadas en lo más hondo de mí ser, se ponen todas de acuerdo para profundizar al unísono y amargarme los días

real, es maravilloso vivir y si encima tengo salud, mejor que mejor. Benditas noches llenas de buenas melodías que iluminan de luz, a los corazones sencillos y bondadosos.

Tal vez un día decida dar la espalda a mi ciudad para emigrar a lugares remotos. Las fantasías, los sueños y pensamientos recorren ansiosos mi mente.

Soñar y no poseer es la gran mentira necesaria, soy humano, de vez en cuando me convierto en un maldito traidor a la realidad, gozo con ello desde la pubertad, me ayuda a vivir, tengo que soñar, cuando no sueño estoy fatal, y necesito con urgencia suero y u.c.i.

Las horas se hacen eternas. Largas soledades trenzan sinfonías dentro de esta alma podrida. Las agujas de hielo inexistente clavadas en lo más hondo de mí ser, se ponen todas de acuerdo para profundizar al unísono y amargarme los días. ¿Quién no tuvo desamor?

<http://guillermosastre.blogspot.com>



Últimos libros del autor:
• La Xpina

El zapato perdido de Vetusta

en las vías urbanas se pierden muchas cosas curiosas o quizás se dejen allí como al descuido, testigos mudos de acontecimientos de los que alguien pretende desprenderse o dejar a modo de improvisadas y enigmáticas esculturas. Y si de algo saben los asfaltos es de los pies que pisan sobre ellos, de los zapatos que se marcan en su dura piel, aunque no dejen rastro visible, pues nuestras calles no son playas ni desiertos, ni siquiera caminos de tierra. Es por ello que de vez en cuando aparecen sembradas por algún zapato, ejerciendo el papel de huella. Suele tratarse de elementos viejos, deshechos, que algún pie ha desahuciado por su inutilidad. Pero no siempre es así. Ocurre por ejemplo con un zapato de mujer, del pie izquierdo, negro y con tacón de aguja, que se planta un día soberbio en mitad de la acera. Es un enigma, un misterio en una ciudad con el nombre literario de Vetusta.

En esa ciudad con vías arriba y abajo, como colinas de asfalto, un hombre avanza tambaleándose, dominado por los vapores del alcohol y lo que es peor, por el ansia de la búsqueda. En la noche iluminada por las luces blancas de las farolas, se detendrá ante ese zapato abandonado y sentándose con aire de derrota, contemplará en silencio aquella prenda.

porque el zapato femenino es algo más que un calzado, va mucho más allá de su homónimo masculino, es la prenda primigenia, con su aquel, su encanto, sus connotaciones esotéricas y hasta eróticas. En su pequeño cubículo se introduce el pie, se amolda y de él nace un cuerpo de mujer. Los cuentos, que a veces son sabios, nos hablan de una cenicienta, belleza y bailarina clandestina, que gracias a un zapato de cristal, termina venciendo a la dictadura familiar. Es posible que ese relato tradicional este demasiado dulcificado, que conozcamos una versión reducida a fáciles deseos, pero lo fundamental es que el príncipe dibuja a la mujer deseada a partir de ese zapato perdido. Es un pigmalión que en la búsqueda de la mujer ansiada, crea una más cercana a sus fantasías que a la realidad. Es quizás eso lo que hace nuestro hombre contemplando un zapato de tacón de aguja, negro y reluciente, abandonado en una acera de la muy noble ciudad de Vetusta.

el paseante nocturno se ha sentado en el áspero suelo, coge el zapato entre sus manos y lo acaricia con lentitud, dejando que el pulso tembloroso se invada de la fina piel artificial. Porque en realidad lo que hace es acariciar a la mujer del zapato, a la que antes no ha podido tocar, a la que siempre le ha resultado inalcanzable.

Porque nuestro personaje ha sido ocasional cliente de uno de esos lugares que se dibujan entre terciopelos rojos, y zonas oscuras, donde la luz son prendas de mujer que caen como banderas derrotadas. Las ha visto sobre el escenario, jugar con la barra ascendiendo y descendiendo, mostrando sus pieles pálidas u oscuras, geografías diversas y distantes, cuerpos sucesivos formando un sólo cuadro: el deseo. Y en ese deseo, la visión de sus pupilas viaja, porque los territorios de la fantasía son amplios y sin fronteras, pero siempre acaban en un descenso, en un acercamiento a la realidad, aquello que nos une a la tierra pero nos permite seguir manteniendo nuestros sueños. Es allí donde está la única prenda que ellas no se quitan: sus zapatos. Es posiblemente una forma de protegerse, de vestirse, porque el pie introducido en el pequeño cubículo, desnuda y viste al mismo tiempo, hace terrenal a la mujer, a la vez que la convierte en Diosa. El anónimo ciudadano ha salido del lugar como se abandonó todo templo del placer, confuso, meditabundo, viajando entre el goce y el dolor. Por eso,



Pedro Antonio Curto



Ana Ozores acudiendo con los pies descalzos a la procesión, juega peligrosamente a una seducción que va del dominio a la entrega

cuando se encuentra el zapato en mitad de la acera, aterriza en la tierra y viaja al centro de su confuso mundo. Porque un zapato perdido es un pie que camina desnudo, quizás incluso los dos y él habita en una Vetusta donde se produjera uno de los más perturbadores desnudos: el de Ana Ozores caminando con los pies descalzos en procesión, envuelta en una túnica nazarena. Más escandaloso que Lady Godiva cabalgando desnuda sobre un caballo blanco con la solitaria compañía de sus cabellos rubios, más sensual que las stripper que ha visto sobre la pista del club.

Los pies de Ana hablan de su propia naturaleza física, de su blancura de virgen, de su morboso carácter de extensión de algo más allá de su espacio. Sus pies son la parte expuesta del cuerpo al que pertenecen, un cuerpo que no se ve pero se imagina, oculto y prometido bajo la túnica morada. Así el zapato que no existe es la prenda desprendida, la entrega, la exhibición.

Porque el zapato ha adquirido desde antiguo una asociación de poder o dominio, por ser el pie símbolo del alma. En el antiguo Israel, a la hora de sellar un trato, el vendedor entregaba su zapato al comprador, y pisar un campo con el zapato equivalía a reclamar su posesión. En la Roma Imperial los esclavos estaban obligados a ir descalzos.

Es por eso que Ana Ozores acudiendo con los pies descalzos a la procesión, juega peligro-

samente a una seducción que va del dominio a la entrega, un poder que obtiene con la simple acción de quitarse unos zapatos. Así jugará con los hombres que la desean, que más que hombres, son representaciones de esa vieja e infinita ciudad provinciana que es Vetusta.

El habitante de esa Vetusta del siglo veintiuno acariciará aquel zapato viajando en el mundo de su confusión ética hasta sumirse en una ligera ensoñación. Con el entre sus manos ira variando sus formas, el material con el que esta hecho, porque el zapato femenino, aunque con timidez y discreción, ha ido marchando con el tiempo, con liberaciones y hasta revoluciones, aunque manteniendo siempre su estirpe. Porque sea el simple playero perdido de una corredora de footing, una bota dominante, un elegante zapato dorado, o el de nuestro personaje, negro y con tacón de aguja, siempre estará el enigma de la mujer que vestirá esa prenda del pie.

quizás fue eso lo que enamoro al príncipe, la incertidumbre sobre la mujer que apenas había podido percibir, las fantasías creadas en torno a su fugaz visión. Y al igual que él, nuestro príncipe urbano despertará creyendo haber estado con una mujer de la que sólo le queda su zapato.

Él cree haber conocido a una mujer de la que no sabe su nombre, de la que apenas puede percibir su rostro, un cuerpo que es como una sombra, un aroma que cree retenido entre sus ropas. Es un puzzle humano aunque él no lo sepa, no lo sabrá nunca, porque tratar de vivir bajo la fantasía y el deseo, es como querer atrapar un fugaz amanecer rojizo. De ella sólo le queda el zapato como único testigo, lamentara la pérdida, añorara la magia del encuentro, sin saber que ninguno de los dos ha existido, sólo el zapato negro con tacón de aguja. Nuestro personaje regresará a casa, se duchará, dormirá durante unas horas entre las frías sábanas de su cama de siempre y despertará a su vida gris. Seguirá fantaseando frente a la pantalla televisiva, del cine, del ordenador, en salidas nocturnas, en miradas por las calles de su Vetusta; en ninguna parte encontrará a la mujer que estuvo con él aquella noche. De ella queda su zapato guardado en un cajón, esperando el pie de una moderna cenicienta. Pero no es una cenicienta lo que se desea, pues siempre se espera, a la inmortal y perturbadora, Ana Ozores.

<http://pedroantoniocurto.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto



Crítica literaria

por Eduardo Campos

El viento de la luna

Antonio Muñoz Molina - Seix Barral

El 20 de julio de 1969 Neil Armstrong se convierte en el primer hombre en pisar la Luna. Sin duda se trata del mayor acontecimiento científico del siglo veinte y, aunque algunos todavía no tenemos claro para qué sirvió, hay que reconocer que marca el nacimiento de una nueva época. El autor utiliza como hilo argumental esta gesta para mostrarnos la vida en la ciudad rural de Mágina, donde todo transcurre como siempre y no hay más evolución que las noticias que llegan por la radio. El protagonista es un muchacho adolescente que vive en la epopeya espacial un sueño, que es la esperanza de su futura vida y que se refugia en la lectura para olvidar todo lo cotidiano de su existencia. Al lector no le sorprenderá el contraste entre el ambiente cerrado del protagonista, que se mide en años y que a veces llega a ser enfermizo, y el abierto de la aventura americana donde en un segundo ocurren miles de acontecimientos.

La cultura americana siempre cala en el espectador para bien o para mal. Muñoz Molina, tras su paso por el Instituto Cervantes de Nueva York, no podía ser diferente y nos recuerda las enormes diferencias tecnológicas, mas no profundiza en las diferencias culturales, fruto quizá de un futuro libro. No consigue, aunque busca, tratar con ironía la descripción del mundo rural. Por otra parte hacer una novela sobre las penurias de un pueblo andaluz salido de la posguerra no es muy original, por mucho que pongamos cohetes Apolo o astronautas, y quiero pensar que la concepción de sus personajes, planos y sin futuro, se debe más bien a la época que recrea que a las carencias narrativas del autor. Esperábamos más del autor de novelas como *Beatus Ille* o *El invierno en Lisboa*.



Vichy, 1940

Fernando Schwartz - Espasa

Nos encontramos ante una novela narrada en la Francia ocupada por las tropas alemanas durante la segunda guerra mundial, pero no la podíamos catalogar como una novela histórica. Está muy bien narrada e historizada, es una novela escrita por Fernando Schwartz en plena madurez literaria. Los personajes están bastante bien caracterizados, algunos son hedonistas, pero a la novela le falta la tensión narrativa que genera una ocupación nazi, por ello es poco creíble. La historia es algo plana y sus personajes no encandilan al lector y a media novela te aburres por la simpleza de sus personajes y sus aburridos diálogos, hechos de frescura y cognición. La novela ha sido premiada con El Premio Primavera de Novela 2006. Organizado por ÁMBITO cultural y por Espasa Calpe, es una pena pues esta novela no aporta nada a la literatura actual. Parece mentira, un PREMIO que debería ser otorgado por los propios escritores se prostituya de esa manera. En la mayoría de los premios actuales que convocan las grandes editoriales casi todo es marketing y mercado; sino fuesen por sus bellas portadas muchas de esas novelas quedarían sepultadas en los viejos anaqueles de las librerías. En fin, creo que no merece la pena seguir gastando papel prensa.



Los viajes de Eros

Pedro Antonio Curto - Ediciones Irreverentes

Los Viajes de Eros, conforman un libro con trece relatos de Pedro Antonio Curto. Son relatos cortos y transgresores que transitan por un caleidoscopio de vivencias sexuales. Algunos son cognitivos, otros son oníricos, y otros son meras relaciones sexuales. Pedro Antón Curto es todo un escritor, su pluma es fina e inteligente. Tiene una innata facilidad para narrar bien, no se complica en exceso y en menos de diez páginas es capaz de relatar un inicio, un nudo y un desenlace, sin que al lector le quede la sensación de que sabe a poco. Hay algunas narraciones, son brillantes, en las que desnuda psicológicamente a los personajes en tan solo media página. Hay también placer y dolor, algunos personajes están muy bien caracterizados e incluso en pocas letras realizan viajes al interior de ellos, que nos muestran la naturaleza humana tal cual, con un erotismo que no molesta, aunque a veces sea trasgresor. Lo que si podía echarle en cara es que los relatos son algo monotemáticos, en algunos casos incluso repetitivos. Pero aquí sí que hay un buen escritor; si es capaz de desarrollar, con sus tramas, tan sólo una de las historias en trescientas páginas y saber mantener el ritmo narrativo, sin duda estamos ante un excelente autor narrativo. Al leer los diez primeros relatos, me daba la impresión de transitar por una novela única, aunque las historias eran inconexas tenía necesidad de seguir leyendo, y eso tan sólo son capaces de hacerlo los buenos escritores. En algunos relatos me daba la impresión de que habían salido al hilo y que estaban poco trabajados, aunque sí tenían frescura. En resumen buenos relatos; te invito a que prosigas y te enfrentes a una novela que estaré esperando con ganas.



Una excursión por Las Medulas 1889

José Castaño Posse - Temple

En los confines de la provincia de León, admirablemente situado entre Castilla, Asturias y Galicia, hállase circunscrito por impenetrables sierras de elevadas montañas, un fertilísimo valle en donde la Naturaleza quiso mostrarse pródiga, llenándolo de contrastes, como quizás no hay otra comarca más variada en toda España... este valle es El Bierzo. Este es el comienzo de una obra poco habitual.

José Castaño Posse fue un adelantado a su tiempo. Utilizando la novela de viajes como instrumento, seguramente influenciado por la cultura narrativa de Kart Baedeker, realiza un análisis socioeconómico de El Bierzo a propósito de una excursión a un paraje que cien años después se convertiría en patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y que maravilla a cuantos la visitan. Se trata de los yacimientos de oro más importantes del Imperio Romano y la plasmación de la historia en la geografía, levantando un paisaje no concebido por la naturaleza sino por la mano del hombre. Junto a la descripción analiza los principales problemas de la comarca y propone una serie de mejoras que en muchos casos cayeron en el olvido por el paso del tiempo y que ahora se intentan recuperar.

Aunque ya se publicó una reedición de la novela en el año 1.991 se intenta en esta ocasión vincular al autor con su tierra de adopción (Cacabelos) y se busca en historiadores de la zona un análisis más profundo de este personaje que ha suscitado el interés de mucha gente más allá de la comarca. Hay que agradecer la oportunidad de Editorial Temple al reeditar esta novela, de gran vigencia, y la de otros que como él pretenden recuperar para la cultura de nuestro tiempo una figura que llevaba mucho tiempo olvidada y que se configura como el gran autor berciano de principios del siglo veinte. En cuanto a su literatura, el paisaje es el verdadero protagonista.



La soledad del húsar

José Melero - Ediciones Irreverentes

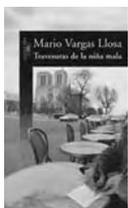
José Melero es licenciado en psicología y ello se nota a lo largo y ancho de una novela bien escrita. Sus personajes están muy bien descritos y la novela goza de excelentes soliloquios. Es una historia de un psicólogo que vive una realidad casi onírica, en donde sus pacientes con sus cogniciones y desencuentros le conducen por los tortuosos caminos de la psiquiatría, en donde el personaje desgana a lo largo y ancho del relato curiosas historias llenas de engaños, infidelidades, miedos y sobre todo soledad. José Melero maneja bien a sus personajes que, a veces, conviven en un caleidoscopio de pensamientos que entremezclan el consciente y subconsciente e intenta confundir al lector, pero no lo consigue, lo que sí logran es una narración con mucho ritmo que conducen al lector por los caminos de la buena narrativa. La madre del personaje se convierte en el hilo conductor de la trama y conduce al personaje a unos excelentes diálogos interiores. Los escenarios los conforman los propios personajes con sus enigmas, y, que trata de desgana al psicólogo. Es una buena novela en la que el lector podrá descubrir a través del relato su propias emociones, la búsqueda del equilibrio de sus personajes e incluso el espejo en donde podemos reconocernos a través del mundo literario que cuando leemos no internamos en él. No se sabe bien donde están los límites de los personajes, a veces entran en terrenos que parecen propios de la sociología, la antropología, la lingüística, hoy está, muy, muy relacionada con las ciencias de la computación, con la inteligencia artificial. Pero los personajes de esta novela son reales y están muy bien caracterizados. En resumen, una excelente novela.



Travesuras de la niña mala

Mario Vargas Llosa - Alfaguara

En esta novela Mario Vargas Llosa nos lanza una pregunta sobre el verdadero rostro del amor y trata de profundizar en los verdaderos motivos, orígenes y, en general, todos los aspectos cambiantes del mismo. Su análisis desde un punto de vista físico y espiritual no pretende sino que observemos en los protagonistas aspectos que ya hemos vivido y que nos produce placer evocar y aquellos que por deseados e inalcanzados nos conmueve imaginar. Aprovechando las correrías de los protagonistas por todo el mundo durante todo el siglo XX y mediante una historia paralela, va desgana los sentimientos que producen pasión y que provocan la distancia, alegría y tristeza, risas y llanto... Los personajes, descritos como sólo él sabe hacer, evolucionan el amor y, por tanto, su vida desde la adolescencia hasta la senectud, en un continuo ir y venir de personajes que aportan sus propios sentimientos, emociones y vivencias sobre el mismo. Importante es la percepción de las ciudades que visitan los protagonistas, que también evolucionan en la novela con el paso del tiempo, no solo por los acontecimientos históricos que las marcan sino por las personas que viven en ellas interactuando emocionalmente y estableciendo su futuro. Es un juego de sensaciones que provocan en el lector alegría, pena, sorpresa, ira y muchos más sentimientos, sorprendiendo la frescura de su narración que recuerda a novelas escritas por él mucho tiempo atrás, en el recuerdo de los atardeceres de su Perú natal, en malecones con puestas del sol y los personajes con ese dominio del lenguaje que sólo él sabe utilizar.



De Cháchara

Carmen Matutes - Ediciones Irreverentes

El enfrentamiento a la muerte desde la visión de diferentes personajes es el tema central de esta novela. Una mujer, ama de casa, que no tiene tiempo para nada y agobiada por una madre muy madre, un periodista sin escrúpulos ni esperanza, un profesor prepotente, una mujer mayor y un niño que no quiere morir, son los protagonistas. Todos mantienen una conversación con una intrusa en la que recuerdan su vida, su forma de pensar, de entender las relaciones humanas; el lector va descubriendo cómo su forma de vida y de pensar define la manera en que se enfrentan a la muerte.

Carmen Matutes me vuelve a sorprender en su segunda novela, corta pero intensa. Tras el mundo imaginario de Andrea volvemos a deleitarnos con una novela que transcurre en el mundo real y trata a los personajes con ese lenguaje tan intimista que la caracteriza. La descripción del ambiente en que se mueven, dotados de una gran cotidianeidad, es perfecta y el tratamiento de un tema tan complicado perfecto. Los personajes muestran perfectamente su carácter y rápidamente identificamos en ellos aspectos como el autoengaño, la inocencia, la sabiduría o el autoengaño. Es destacable la lucha dialéctica del niño, que no pierde en ningún momento la esperanza, aún siendo consciente de la batalla que está librando. Se trata sin duda de la confirmación de una irreverente que todavía tiene mucho que escribir y de la que esperamos se prodigue en su obra.



Régimen de visitas

Al juzgado de primera instancia número 1 de m.

don P., Procurador de los Tribunales, actuando en nombre de don F., ante el juzgado comparece bajo la dirección letrada de doña L., y como mejor proceda en derecho, atenta y respetuosamente, DICE:

Que se le ha notificado providencia para que mi mandante proceda a ratificar el CONVENIO REGULADOR, previsto en el art. 90 del C.C., correspondiente al procedimiento 695/06 de SEPARACIÓN MATRIMONIAL CONSENSUADA. No obstante, y aunque mi representado acepta las estipulaciones contenidas en el mencionado convenio, sigue disconforme con la última de ellas por lo que, en contra de mi consejo, en vez de suscribir el ACTA DE RATIFICACIÓN, ha insistido para que acompañe a este escrito las siguientes MANIFESTACIONES redactadas por él mismo:

estimado señor Juez: Ya sé, porque así me lo ha indicado mi abogada hasta la saciedad, que no es habitual dirigirme a usted (o a voecencia, pues no conozco el tratamiento reglamentario que merece su cargo) en un procedimiento por separación. Ante todo, debo aclarar que esto es cosa exclusivamente mía: la señorita L. no ha hecho sino intentar disuadirme de semejante pretensión. Si ella ha accedido, en contra de su criterio profesional, a incluir esta carta entre las alegaciones, se debe a mi insistencia sobre el particular y a mi afán de explicar con mis propias palabras, y sin cambiar ni una preposición ni un pronombre ni una coma, el cúmulo de sentimientos que me lleva a pleitear por la custodia de Fredy (o la tutoría o la patria potestad o como quiera que se llame). Quede pues la letrada exenta de toda responsabilidad, tanto en lo irregular de la presentación de este texto, como en aquello que se me escape sin querer y que sea contrario a la legislación vigente o que atisbe el menor rasgo de desacato.

Y es que, señor Juez, en este caso no creo que valgan artículos ni reales decretos ni precedentes jurídicos ni gaitas. Todo eso no son sino simples leyes, y yo no quiero hablar aquí de leyes, sino de justicia. Porque si ya fue una tremenda injusticia privarme de la custodia de Fredy, aunque fuese compartida, cómo calificar la negativa al establecimiento de un mínimo régimen de visitas o, al menos, del derecho a disfrutar de su compañía en fines de semana alternos o en vacaciones.

Le hablo con el corazón, señor Juez. No hay derecho a que me arrebaten lo que más quiero en el mundo. Porque, además, Fredy me quiere a mí tanto como yo a él. Si se le permitiese asistir a la vista oral y se le pusiera en la tesitura de elegir entre mi ex mujer y yo, quedaría bien patente por cuál de los dos se decantaría. Pero no, todo el mundo aduce que es ridículo y que no se permitirá montar semejante numerito en la sala de un tribunal. Vaya circo, mi dicen. Y también me disuadieron el procurador y la letrada de presentar como pruebas los álbumes de fotos y las cintas de vídeo y los testimonios de mis antiguos vecinos, a pesar de que todas esas evidencias demostrarían con claridad que merezco la tutoría de Fredy mucho más que mi ex esposa. Dónde va a parar.

Sin ir más lejos, me acuerdo ahora de cuando Fredy, con solo unos meses, enfermó a causa de una reacción inesperada a las vacunas. ¿Adivina, voecencia, quién se ocupó de que lo atendiesen de urgencias?, ¿eh?, ¿y quién se puso la gabardina encima del pijama y lo envolvió en una manta y salió a la calle en plena noche en busca de un



Alberto Castellón



Por eso cedí en el convenio regulador de la separación a todas las exigencias de mi ex mujer: al piso, al coche, a la pensión compensatoria, incluso a que se quedase con mis dos hijas, que para el caso que me hacían, con entrar en su chat tendré más contacto con ellas que hasta ahora.

taxi? ¿Y quién se quedó hasta el amanecer en la sala de espera de la clínica con el alma en vilo y perdió un día de su trabajo y no se separó de aquel cuerpecito hasta que no le bajó la fiebre y se advirtió que el antibiótico surtía efecto? Pobre Fredy. Parece que lo estoy viendo. Todavía se me saltan las lágrimas al recordar la imagen, tan quietecito, tan triste, vigilándome desde la camilla, con sus ojos castaños, de soslayo, porque le faltaban fuerzas para girar la cabeza, pero sin apartarme la mirada, como pidiéndome que no lo dejara solo...

más arriba he mencionado lo de gozar de su compañía. Porque aunque él tenga diez años y yo supere los cuarenta, por supuesto que lo considero, no ya un compañero, sino un amigo. Entre Fredy y yo, señor Juez, hay una auténtica amistad, hay ternura, lealtad, en-

trega, fidelidad, amor, camaradería: en palabras de ahora: somos colegas. Si llegaba a mi casa y gritaba desde la puerta un ya estoy aquí, a lo mejor sólo se escuchaban el hola desganado de mi mujer desde el salón y el bufido de mi hija mayor que no se despega del Messenger ni para saludar a su padre. Sin embargo, se adivina la carrera de Fredy por el pasillo y cómo surge su cara sonriente en la entrada y se me viene a los pies y me tira de los pantalones para que lo coja y, nervioso y contento de que esté al fin con él, me besa todo el rostro y no para hasta que no me siento en el sofá y lo pongo sobre mis rodillas y le acaricio la cabecita y le hago cosquillas en la barriguita.

Ni un solo día, se lo aseguro, voecencia, he dejado de bajarlo al parque para que juegue allí a sus anchas. Y cuando duermo la siesta, se queda en el sillón de al lado, alerta, aguardando a que me despierte, pendiente de mis sueños, y basta que abra los párpados para que salte sobre mí y de nuevo me coma a besos de cariño. Qué quiere que le diga. ¿Entiende ahora por qué todo esto que le narro ha de primar sobre las puñeteras leyes y las dichosas ordenanzas? Y permóneme los adjetivos, pero es que me altero sólo de pensar en cómo sería el resto de mi vida sin Fredy.

por eso cedí en el convenio regulador de la separación a todas las exigencias de mi ex mujer: al piso, al coche, a la pensión compensatoria, incluso a que se quedase con mis dos hijas, que para el caso que me hacían, con entrar en su chat tendré más contacto con ellas que hasta ahora. Pero lo de Fredy...

Ayer mismo, señor Juez, me acerqué a mi casa, bueno, a la que es ahora la casa de mi ex, por si lo veía jugar en los jardines de enfrente o corretear por la calle. No estaba. Sin embargo, nada más caminar por delante del portal, intuía mi presencia. No sé cómo, pero supo que yo estaba allí abajo, y se puso a llamarme. Y era un ladrido desesperado, se lo juro, voecencia. Conozco ese ladrido de auxilio pues era el mismo con el que me recibía cuando iba a rescatarlo del veterinario. Idéntico. Y he usado el término justo: rescatarlo. Fredy quería que lo rescatase de mi ex: quería venirse conmigo. Y yo allí, sin poder hacer nada, asistiendo a aquel aullido de pena que me partía el alma. Lloré. Claro que lloré. Volví a mi apartamento con el corazón roto en mil pedazos.

Y lo le canso más, señor Juez. Espero que tenga en cuenta estos sentimientos e intente hacer justicia, más que buscar en los textos legales aquello que el legislador aún no ha previsto regular. Se despierte entonces, a la espera de su resolución, con un atento saludo, F.

<http://albertocastellon.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

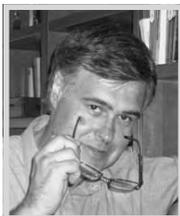
- Victoria y el fumador
- Tarta noruega



Se alquila

este barrio, créame, es bueno para vivir. De entrada, es barato, muy barato, diría yo, lo que, tal y como se han puesto los tiempos, ya me dirá usted si no es poca ventaja. Luego, aquí, a la vista está, todo construido y bien construido, no como esas cosas que se oyen por ahí, esos desalmados que venden casas que no piensan hacer nunca y que si te he visto no me acuerdo, ellos a trincar el dinero y los demás a jorobarse. No le digo más que hay más de uno en esas circunstancias aquí mismo, que dieron sus cuartos para no sé qué cooperativa y ya ve, al final, viviendo entre nosotros de alquiler. Otros vecinos son gente que se ha quedado sin trabajo, y con chiquillos a los que alimentar, y los hay también emigrantes, de Marruecos y de otros países de más lejos, ya los irá conociendo a todos, cada uno se gana la vida como puede, pero sin molestar a los demás. Que eso es lo bueno de este barrio, que nos ayudamos unos a otros y nos defendemos de los de fuera, pero cada uno en su casa y Dios en la de todos, que es como hay que hacer las cosas, me parece a mí. Yo soy de las primeras que se instalaron aquí, me metieron al marido en la cárcel por un asunto que no viene a cuento, bien colocado que estaba el pobre, de contable en una empresa de mármoles y escayolas, aquí cerquita, y la familia ni se hizo cargo ni quiso saber nada; total, que a los tres meses ya estábamos desahuciados, los tres niños y yo, con una mano delante y otra detrás. Pasé las de Caín hasta que me vine aquí, y luego, pensando pensando, tuve la idea de montar este negocio, no para lucrarme, bien sabe Dios que no, sino para salir adelante y para alimentar a los mocosos, que ahí los tiene usted, hechos ya unos pimpollos que su padre no los va ni a conocer. Usted, una vez que se instale entre nosotros, no se tiene que preocupar de nada, yo me encargo de todo, de la luz, de la limpieza de las calles, de ahuyentar a los bichos, que eso tiene vivir en el campo, que hay muchos bichos, aunque nada que no se arregle con una rociada de frufú, usted me entiende. Se lo damos todo hecho, yo y mis ayudantes, me refiero, que ya se figurará que sola no puedo con todo esto, aquí hay más trabajo del que parece, no se crea. Y con el pago, lo normal, un mes por adelantado, y luego, siempre antes del día cinco, ya pasaremos a cobrar. Los precios, dependo, los grandes son diez mil, y los pequeños, ocho mil. Eso sí, arreglados y limpios, para entrar a vivir, vamos.

para los niños este barrio es una bendición, lo que se dice una bendición. Figúrese, las ventajas de la ciudad -el colegio, cerca, autobuses en la puerta, un búrguer a dos pasos, para quien se lo pueda pagar, naturalmente- y las ventajas del campo, que eso, hoy en día, vale lo suyo, ya casi ningún niño sabe cazar lagartijas y cortarles la cola, o distinguir el canto de los grillos, o reconocer un topo o una salamandra. Y espacio el que quieran, por ahí los puede usted ver corretear, y subirse a los árboles, y hacerse un collar de flores, que otra cosa no, pero flores se puede usted figurar, nunca nos falta un buen adorno en cada casa, rosas, claveles, crisantemos, de todo. En verano, salimos a la fresca, nos sacamos unas sillas de tijera y nos dan las tantas hablando y hablando, y luego se duerme de maravilla, que casas como estas ya no las hacen, con los techos tan altos y los muros tan gruesos, y el fresquito del mármol, que, además de elegante, te defiende de todo, del calor, de la lluvia, de la nieve, menos del frío, eso no, pero tenemos nuestras artimañas, ya verá usted, el colmo sería que hubiera calefacción, pero entonces los precios serían otros, y aquí todos, to-



J.A. Bueno Álvarez



El primero es noble, de los duques de Muñoz nada menos, ahí están tres generaciones, el último, todavía puede usted leerlo en el mármol, de hace casi ochenta años.

dos sin excepción, estamos un poco apretados. En cuanto a seguridad, la que quiera y más, nunca ha faltado nada, lo que se dice nada, no encontrará otra comunidad mejor avenida, si hay un enfermo, pongamos por caso, siempre hay una moto o una bicicleta dispuesta a ir al hospital, se lo digo yo, que tuve al mío pequeño con unas fiebres que me pusieron el alma en un puño, todavía lo estoy viendo, pobrecito, sudaba y sudaba como un condenado, y a las tres de la mañana, que se dice pronto, se lo echó Blas en la moto y para el hospital, ya conocerá usted a Blas, bueno como él solo, lo que se dice un pedazo de pan, y ni se puso a pensar si yo era la casera o no lo era, sólo reparó en la fiebre del niño y en ayudar, y Teo detrás, en la bici y conmigo de paquete, deslomado acabó el hombre, pero me llevó hasta el hospital, y su mujer, Basi, se quedó en mi casa, a cargo de los dos mayores, que los suyos ya van para mozos y no necesitan que los cuiden por las noches. Con esto le quiero decir que aquí estará como en familia, como en ninguna otra parte, así que, si le parece, vamos a ver los que quedan libres y elige el que más le guste.

ahí, a la derecha, están los nuevos, los más recientes, de momento ni tocarlos, claro, aunque tampoco perdemos mucho, no se vaya a creer, ya le digo que no se construye como antes, dónde va a parar, con la especulación el terreno se ha puesto carísimo, una parcela de nada sale por un ojo, y de los materiales para qué hablar. Si quiere, los nuestros están un poquito

más viejos, un desconchón aquí, otro acá, que algunos han tenido que soportar dos o tres guerras, ya se figura, que mandan unos, pues a tomarla con los contrarios, que da la vuelta la tortilla, pues al revés, pero nada serio, hemos sabido arreglarlos y dejarlos como nuevos, digo hemos sabido por mí y por mis ayudantes, ya los irá conociendo, para pagar tendrá que entenderse con ellos, buena gente, alguno un poco bruto, pero buena gente. Ya llegamos, es por aquí, sígame con cuidado de no pisar las flores, con el tiempo irá viendo que es muy fácil quitar una de allí y otra de allá, pero, si las pisa o se las lleva de una vez, las familias se enfadan, y conviene estar a bien con todo el mundo. Aquí los tiene, ve qué organización, cuerdas para tender la ropa, sus felpudos, las calles bien barridas de polvo y arena, las parcelas delimitadas, todo en orden, como debe ser. Ya le diré cómo proveerse de agua y de luz, no nos falta de nada, es una cosa la mar de fácil, y gratis además, bueno, casi gratis, me cuesta una gratificación aquí y otra allá, para que los guardas hagan la vista gorda. Va incluido en el precio del alquiler, ya le digo que me encargo de todo, usted a instalarse y a vivir, sin preocuparse de nada, y por un precio que cuando vea las viviendas ya me dirá. Siga, siga, hasta el final, que es donde quedan libres.

Aquí los tiene, son estos tres. Los dos primeros son grandes, de los de diez mil; el último, de ocho mil. Pase, pase, mírelos a su antojo, tómese su tiempo antes de decidirse, que las cosas o se hacen bien o no se hacen, y no le dé importancia a los desperfectos, en un decir Jesús se lo dejamos para entrar a vivir, que eso también va en el precio.

Le han parecido bien, ¿verdad? Ya lo sabía yo, si es que por este precio es imposible encontrar nada igual. Le explico: el primero es noble, de los duques de Muñoz nada menos, ahí están tres generaciones, el último, todavía puede usted leerlo en el mármol, de hace casi ochenta años. El segundo perteneció a un ministro, también lo puede leer en el mármol, y están su mujer y dos de sus hijos, no sé si tendría más. En el tercero se han borrado las inscripciones, o las borraron con la guerra, vaya usted a saber, pero por el tamaño no parece de duque o de ministro, si acaso un escritor o un artista. En fin, esto es lo que hay, no me negará que no es ilustre el barrio, ya ve, marqueses, condes, ministros, banqueros los encontrará usted a cada paso. Total, a ellos les sirvieron de muertos y a nosotros nos sirven de vivos, qué más da. ¿Ya se ha decidido? ¿Cuál de los tres panteones se queda?



Últimos libros del autor:

- *La noche marcada*
- *El último viaje de Eliseo Guzmán*
- *Las estrategias del bachiller*
- *La verdad inútil*

Una pequeña confusión

Un médico, con bata blanca, abre un sobre de unos análisis y los mira. Frente a él hay un paciente al que no vemos, tapado por un panel o biombo

DOCTOR.- Vamos a ver...

(Espeso silencio mientras los mira detenidamente)
Pues estos análisis...

(Pasa las hojas de los análisis para delante y para atrás con mala cara, mientras hace ruidos con la boca)
...estos análisis...qué quiere que le diga...

(Mira repetidamente la cara del paciente y a los análisis)

No sé por dónde empezar, la verdad... Me gustaría darle otras noticias, pero no sé qué decirle... Esta es una profesión horrorosa, tiene uno que estar diciendo cosas de estas todos los días... Hoy ya van tres con usted.

(Mira al paciente)

¿Se marea usted? Siéntese, siéntese... ¿Quiere un vaso de agua? Lo siento, pero se lo diga como se lo diga sé por experiencia que va a dar igual. ¿Se siente mal? No me extraña, con estos análisis... Lo raro es que haya conseguido usted llegar hoy hasta aquí desde su casa.

Uelve a mirar los análisis durante unos segundos y a mover la cabeza negativamente)

Mira que he visto yo análisis, pues estos..., es que está todo..., los hematíes, la hemoglobina..., los linfocitos, los leucocitos, el ácido úrico..., la glucosa en sangre... es que no hay nada que esté bien..., y el electrocardiograma peor aún...

(Vuelve a hacer ruidos de desaprobación con la boca)

Al principio le será difícil pero tiene usted que ir poniéndose en lo peor, Saturnino... ¿Qué? ¿Cómo dice? ¿Qué no se llama usted Saturnino?

(Lee el sobre del que ha sacado los análisis)

“Saturnino Morales...” ¿Y usted cómo dice que se llama? ¿Alfredo del Moral? Ah, es que se parece el apellido, y a lo mejor por eso ha habido una confusión... Morales, del Moral, se parece... Pues no..., no van a ser los suyos...

Coge otro sobre con análisis que hay también encima de su mesa y lee el nombre)

“Alfredo del Moral...” Pues entonces estos deben ser los de usted, perdóneme... ¿Que no importa, que mejor...? Ya, claro, eso



José Luis Alonso de Santos.



No sé por dónde empezar, la verdad... Me gustaría darle otras noticias, pero no sé qué decirle... Ésta es una profesión horrorosa, tiene uno que estar diciendo cosas de estas todos los días... Hoy ya van tres con usted.

mejor..., es que no hay comparación... Pues ha tenido usted muchísima suerte en ser Alfredo, y no ese otro... Está usted como una rosa por estos análisis de este sobre... Normal, vamos, completamente normal...

(Golpea los análisis ritualmente con los dedos)
Menos mal, ¿no? Qué peso nos hemos quitado de encima. Para nosotros siempre es mucho más agradable dar buenas noticias que malas, figúrese usted... ¿A que ya se siente usted mucho mejor? Pues claro, es natural... Disculpe-me..., no sé por qué me dio a mí por leer estos otros análisis del tal Saturnino no se qué, ese pobre hombre, el que sea, que no tiene solución..., y confundirlos con los suyos... Por el apellido ese casi igual que tienen debió de ser...

ha cogido los otros análisis automáticamente, y al ir a leer el apellido en la etiqueta que tienen en la parte alta del primer folio se queda parado un momento, con los dos análisis, uno en cada mano. Pasa ahora la mirada rápidamente de uno a otro, y va cambiando otra vez de cara) Pero vamos a ver, vamos a ver que lío es éste que no me entero yo... Aquí en el análisis éste que usted dice que no es el suyo pone su nombre... ¿No dice usted que se llama Alfredo?... Entonces no me había equivocado yo...

(Lee)

“Alfredo del Moral...” Lo que pasa es que vienen en los sobres cambiados. Los sobres no importan, lo que importa son los análisis, lo de dentro. El que venía en el sobre del tal Saturnino parece que es el suyo, y el otro al revés... ¡qué lío!... Total, resumiendo... ¿Usted cómo se llama? ¡Oiga... cuidado que se cae...! ¡Enfermera! ¡Enfermera!

http://www.cervantesvirtual.com/FichaAutor.html?Ref=4057



Libros anteriormente publicados en Ediciones Irreverentes

- Antología del relato español
- Digaselo con Valium
- El romano

digo yo también... Conocí yo hace unos años a un tal del Moral. Era cirujano plástico, de esos que arreglan lo que haga falta, glúteos, narices, los pechos... Ganan muchísimo los cirujanos plásticos. Hoy todo el mundo quiere estar guapo. Pues vamos a ver estos entonces...

(Saca del nuevo sobre otros análisis y los mira un tiempo en silencio, cambiándole la cara)
Hombre, esto es otra cosa..., muchísimo

El mejor teatro en Ediciones Irreverentes





Literatura y clonación

Houellebecq, Matutes, López Alonso y Kazuo Ishiguro escriben sobre la cuestión

En España ha sido el Consejo de Gobierno de la Junta de Andalucía quien aprobó en primer lugar un Proyecto de Ley que regule la investigación médica mediante técnicas de reprogramación celular con fines terapéuticos, -mediante la clonación terapéutica. Es un primer paso en la instauración de la clonación, ya que con la futura ley, que deberá someterse ahora al trámite parlamentario, sólo podrá utilizarse por el momento con fines terapéuticos y no reproductivos; así pues, el ovocito reprogramado no podrá evolucionar más allá de catorce días ni tampoco ser implantado en el útero de una mujer.

La clonación da vida -o podrá llegar a darla, si se legaliza y se facilita la investigación- y el aborto imposibilita la vida; sin embargo el aborto es legal y la clonación, no. Resulta una paradoja. En las últimas elecciones norteamericanas tuvo que participar el popular actor Michael J. Fox, quien, entre convulsiones provocadas por su enfermedad, el Alzheimer, pidió el voto para los demócratas por su postura favorable al uso terapéutico de las células madre. Los mismos políticos que matan en nombre de Dios, impiden la curación por medio de las técnicas más avanzadas.

Quizá por este sinsentido, alguno escritores de primera línea han dado en escribir novelas en las que se estudian los posibles efectos de la clonación en cada individuo y en la sociedad, desde Michel Houellebecq y su *Posibilidad de una isla* hasta el doctor español Antonio López Alonso y *Ecos de un Dios lejano*. Pasando por *Nunca me abandones* de Kazuo Ishiguro y *Andrea(s)* de Carmen Matutes.

En general, la postura de los escritores viene a coincidir en que los opositores a la clonación podrán retrasarla, pero no impedir, como afirmó Houellebecq al presentar su libro "estoy seguro de que todo cuanto es técnicamente posible será realizado, incluso si no es verdaderamente humano. La clonación será una realidad".

Lejos quedan ya los seres humanos modificados genéticamente de Aldous Huxley y su *Mundo Feliz*, dedicados al trabajo, explotados y sin derechos; ahora la modificación genética se considera en su parte positiva. Los personajes de *La posibilidad de una isla*, de Houellebecq, son eternos; antes de morir se ha guardado su código genético y se les vuelve a dar vida sin problemas, lo que lleva a que el hombre pueda ser dueño de su destino; cuando



HTTP://WWW.HOUELLEBECQ.ES/NOV

En un mundo en el que muchísimas personas no tienen esperanzas, la clonación ha dado a la vida una nueva razón de ser

no quiere vivir más acaba con su propia vida y un descendiente -que es él mismo- toma su lugar, recoge su memoria, su vida y continúa con ella. La única pega que puede encontrarse a este panorama idílico es que el protagonista de este mundo, una vez desaparecidas las tensiones que crea en el ser humano el sentido de la muerte y de la necesidad de la procreación, se aburre; pero no es un problema de la ciencia, sino del ser humano.

La ciencia y la novela apuestan por lo que han soñado toda las culturas de todos los

tiempos, la inmortalidad. La soñaron los egipcios, la soñaron los filósofos de la Grecia Clásica y la retomaron las religiones cristiana, judía y musulmana. Si Dios nos da un alma eterna, ¿por qué seguir con su trabajo y darnos de un cuerpo eterno? Dice Houellebecq: "La idea de la inmortalidad es innata al hombre y jamás podrá ser superada".

En esa línea aparece la novela de Antonio López Alonso *Ecos de un Dios lejano* que nos hace preguntarnos si estaría indicada la clonación terapéutica en un paciente de Parkinson. En *Ecos de un Dios lejano* un médico, profesor universitario, constata que una de las actrices de su grupo de teatro, con sólo veinte años, tiene Parkinson y sólo podrá salvarla la clonación. Él tiene leucemia, pero las ataduras morales -quizá religiosas- que sufre son tan fuertes, que se debate entre la ética del grupo, que les llevaría a ambos a la muerte y la ética de quien ha hecho el Juramento Hipocrático, por la cual, su deber es salvar al paciente cueste lo que cueste. Antonio López Alonso además de escritor es catedrático de Medicina, ha sido decano de la Facultad de Medicina de Alcalá de Henares. Es un profesional cualificado, conocedor de los últimos avances de la ciencia, y por si alguien tiene dudas tras leer *Ecos de un Dios lejano*, es un hombre religioso. Queda expuesto lo anterior, porque en esta novela nos plantea lo que a comienzos del S.XXI aún es una duda; si para salvar la vida de un paciente se puede recurrir a la clonación.

Religiosidad contra clonación

¿Por qué aparece este deseo de inmortalidad física y no sólo espiritual? Houellebecq lo deja claro en su novela, al ponerlo en boca de Daniel, el protagonista; el "derrumbamiento masivo, pasmosamente rápido, de las creencias religiosas

tradicionales". En un mundo en el que muchísimas personas no tienen esperanzas, la clonación ha dado a la vida una nueva razón de ser.

Son las Iglesias y los partidos políticos que coinciden con ellas en intereses, quienes se oponen a la clonación. Resulta triste contemplar a los líderes políticos que organizan guerras -donde, obviamente, se mata- atacar por razones supuestamente éticas la clonación que puede curar enfermedades como la Leucemia, el Parkinson, el Alzheimer, que puede sanar un hígado enfermo, un riñón, que puede prolongar nuestra vida más de un siglo. Y la clonación reproductiva, que puede darnos una cierta vida eterna. En esta línea está la novela de Ishiguro, ambientada en un colegio privados inglés, lugar en el que puede aprenderse magia (Harry Potter) y donde ahora se admiten seres clonados, según *Nunca me abandones*. La postura de Ishiguro, sin embargo es tétrica; los clones no tiene más función que proveer de órganos sanos a los enfermos. El autor, de espaldas a la ciencia al progreso se opone a quienes apoyan la clonación con fines benéficos.

Visiones enfrentadas en la literatura

La literatura popular había trillado el asunto sin casi base científica, como sucede con El mundo de Null-A, de A.E. Van Vogt, quizás la primera novela de ciencia ficción sobre clones. Otros autores le siguieron, como Ben Bova, con El hombre múltiple y Philip K. Dick con ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?

En junio apareció la muy interesante novela *Andrea(s)*, en la que Carmen Matutes, describe un mundo en el que el deseo de promover la clonación como método reproductivo y el uso de incubadoras era el nexo que unía a la mayoría opositora. En *Andrea(s)* las feministas defendían con fervor la clonación, al ser el único camino, aseguraban, que permitiría liberarse a las mujeres de unas ligaduras atávicas, las del embarazo y el parto. Otro grupo, "Clonación y Liberación", apoya la clonación reproductiva porque aspiraba a poner fin al dominio que, según ellos, los privilegios de dar a luz habían otorgado a la mujer. Incluso se crea el Partido para la Clonación y el Progreso. Es una propuesta interesante, aunque Matutes ve un defecto; en su planteamiento novelesco se clonan más hombres que mujeres. Si Houellebecq hablaba de neohumanos, Carmen Matutes habla de post-humanos. En

ambos casos, queda claro que se comprende por los escritores que se abre una nueva Era.

Como argumentos favorables a la clonación terapéutica, López Alonso, nos lleva a

Los mismos políticos que matan en nombre de Dios, impiden la curación por medio de las técnicas más avanzadas.

Los personajes de La posibilidad de una isla, de Houellebecq, son eternos; antes de morir se ha guardado su código genético y se les vuelve a dar vida.

plantarnos en *Ecos de un Dios lejano*: ¿Te faltan células pancreáticas, no fabricas insulina, eres diabético?, no morirás; te pondrán células nuevas y a vivir. Quizá López Alonso se haya adelantado a su tiempo; pero se volverá a este libro, sin duda, para intentar comprender cómo a principios del S.XXI, una parte de la sociedad, y de los médicos, se oponían, sin un solo argumento racional, a salvar al enfermo gracias a la clonación.

Más información:
<http://edicionesirreverentes.com>